

**EL FENÓMENO ERÓTICO EN JEAN-LUC MARION**  
**Sobre la inconveniencia de no pensar en el amor**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA**  
**ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES**  
**MAESTRÍA EN FILOSOFÍA**  
**MEDELLÍN**  
**2014**

**EL FENÓMENO ERÓTICO EN JEAN-LUC MARION**

**Tesis presentada para optar el título de Magíster en Filosofía**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
MAESTRÍA EN FILOSOFÍA  
MEDELLÍN  
2014**

**Nota de aceptación**

---

---

---

---

**Presidente del jurado**

---

**Jurado**

---

**Jurado**

**Medellín, 11 de marzo de 2014**

# CONTENIDO

	<b>pág.</b>
<b>INTRODUCCIÓN</b>	7
<b>1. EL AMOR COMO CONCEPTO</b>	11
1.1 Concepto del amor en otros autores	14
1.2 El tiempo y el espacio en el amor formulado por Marion	22
1.3 La seguridad en el amor según Marion	23
1.4 La reciprocidad y el amar primero	24
1.5 La carne	30
1.6 Los celos y la fidelidad	35
<b>2. PENSAR EL AMOR LO SUFICIENTE</b>	39
2.1 El ser que piensa el amor	52
2.2 El papel de la razón en el amor	53
<b>3. SE AMA, SE QUIERE O SE APEGA. ¿AMANTE O AMABLE?</b>	55
3.1 La amistad	58
3.2 La amistad y no el amor	60
3.3 El apego y no el amor	63
<b>4. MALFORMACIÓN DEL EROTISMO</b>	65
<b>5. CONCEPTO DEL AMOR PROPIO EN JEAN-LUC MARION</b>	69
5.1 La propuesta de Jean-Luc Marion	69
5.2 El amor propio según otros autores	70
<b>6. CONCLUSIONES</b>	74

**REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

78

**CIBERGRAFÍA**

81

## RESUMEN

Desde *El Fenómeno Erótico*, texto de Jean-Luc Marion, se hace un análisis sobre el amor y las expresiones en las que afirma, por ejemplo, que: “La filosofía ya no dice nada del amor, o muy poco, además, es mejor ese silencio, de tanto que lo maltrata o lo traiciona cuando se arriesga a hablar de él” (Marion 7). Debido a esto Marion se aventura a desmembrar el término del amor para pensarlo. El amor ha sido enseñado y pensado mayormente por el cristianismo y la evangelización bajo el precepto máximo de “amar al prójimo” más poco tiempo se toman los modelos educativos en hacer que el individuo se pregunte: ¿Cómo se ama?, ¿Qué esperar del amor?, esto exige un detenimiento y análisis en el mal abordado tema del amor. Alude también Marion al amor de Dios citándolo en la categoría de “mejor amante”, lo que corrobora lo mencionado: no queda forma o modo de amor por fuera de las apreciaciones de este autor. El tema del amor es abordado en contexto con la carne y el gozo.

**Palabras claves:** Amor, Amable, Amante, Dios, Erotismo.

## INTRODUCCIÓN

En el tema del amor cada quien habla de cómo le va o le ha ido al respecto. Así lo sugiere incluso el autor en referencia de este trabajo. El amor es ligeramente comentado en el día a día desde la experiencia somera y no profunda, por lo que se hace novedoso pensar el amor con total detenimiento. Entender y contemplar primero los actores presentes en el ejercicio amoroso, es otro de los requisitos para comprender realmente el amor. Clarificar el concepto del amor en quienes aman es fundamental para el amante y amado, tomando distancia de los conceptos infundados por la tradición o la forzada experiencia.

El principal problema que este trabajo de grado pretende absolver es el de la necesidad de pensar el amor para replantear todos los conceptos mal enseñados por las colectividades sociales. El amor deberá ejecutarse y practicarse luego de que el individuo se haya preguntado por lo que significa el amor, los roles de amado y amante, el porqué y para qué se ama. Marion asevera: “El amor ha sido situado en el abandono, junto a lo reprimido, lo no dicho y lo inconfesable” (“El fenómeno” 7). Para llevar a cabo este empeño, el capítulo 1 de esta tesis de grado sobre “el amor como concepto” empieza a situar una postura más esclarecedora que se va construyendo no solo desde las aseveraciones de Jean-Luc Marion, si no desde el concepto del amor en otros autores.

Así pues, el objetivo general de este trabajo de grado de Maestría es indicar cómo para Jean-Luc Marion—en *El fenómeno erótico*— el amor debe ser pensado, desglosado y traído a la cotidianidad de los individuos, para volver a tener un concepto que permita experimentarlo, reconociendo cuándo se trata y cuándo no se trata de él, así como qué comportamientos proceden de él y cuáles no, anunciando desde ya que para el autor mencionado el amor se deriva de una racionalidad erótica.

En este sentido, el capítulo 2 “Pensar el amor lo suficiente” hace hincapié en “el ser que piensa el amor”. Marion es enfático al agregar que “[...] somos en tanto que nos descubrimos siempre ya presos en la tonalidad de una disposición erótica – amor u odio” (“El fenómeno” 13). En el aparte nomencado 2.2, Marion reitera la imperiosa necesidad de invitar a la razón a hacer parte del ejercicio de amar. “El amor no rechaza la razón sino que la misma razón se niega a ir donde va el amante” (“El fenómeno” 96). En este punto del trabajo de grado se comienza a declarar que la mera sensualidad no verifica el amor, que este debe ser verificado por la razón.

Cuestionar los conceptos que tradicionalmente se han tenido sobre el erotismo, una vez contrastados con la postura de Jean-Luc Marion, es el primer objetivo específico de este trabajo de grado. Al respecto se realiza el abordaje conceptual en el aparte 1.1 “Concepto del amor en otros autores”, teniendo en cuenta a autores clásicos—tales como santo Tomás de Aquino- y contemporáneos —entre ellos JosePieper, Juan Cruz Cruz,Hernando Uribe Carvajal, ManuelCruz,Bornkamm-. Se cotejan posturas que, a su vez, se van poniendo en paralelo en el desarrollo del trabajo con las malformaciones que la tradición y la cultura hacen del amor. Como lo anuncia Uribe Carvajal:

Cada uno necesita descubrir por sí mismo, solo y en compañía, el contenido de cada palabra que habla del amor, quien confía sólo en la experiencia de los demás corre el riesgo de equivocarse, al no encontrar en la palabra amor, su sentido y su contenido. La confianza en el amor ha de ubicarse en el terreno de la experiencia (“Cultura y espiritualidad” 33).

El segundo objetivo específico busca comprender cómo el amor no ha sido pensado lo suficiente como para que cada amante se reconozca así o como amable. De ahí que el capítulo tres proporciona los elementos que el individuo ha de considerar para sentirse como amante o amable. Respecto a esto Marion anticipa:

Al preguntar si me aman desde otro lugar, ya ni siquiera debo interrogarme sobre mi seguridad: entro en el reino del amor donde recibo



inmediatamente el papel de quien puede amar, al que podemos amar y que cree que debemos amarlo – el amante (“El fenómeno” 38).

De igual manera, en los pasajes en los que se trata el tema de la reciprocidad y el amor primero (1.4) se comienza a dilucidar esta inquietud sobre la constitución de amante, amable o en simultaneidad amante – amable: “Primero quiero recibir mi parte – mi seguridad y que me amen – y solo entonces pagaré y amaré a cambio” (“El fenómeno” 84).

El tercer objetivo específico pretende proporcionar elementos que permitan situar al ser como amante o amable, dilucidando de paso si se ama, se quiere o se apega, tal cual esboza el texto y el autor. Es por ello que el capítulo 3 aporta y desarrolla los conceptos y definiciones de amor, amistad y apego que han manifestado otros autores y, sin duda, Jean-Luc Marion.

¿Cuándo surge entonces el amante? Precisamente cuando en el encuentro llego a suspender la reciprocidad, no hago más economía, me comprometo sin garantía ni seguridad. (“El fenómeno” 95)

Con el fin de dar un mayor alcance a lo concerniente al amor no pensado y únicamente asumido desde el instinto y la sensualidad, el cuarto objetivo específico de esta tesis intenta desvirtuar la malformación que se ha hecho del erotismo y que lo sitúa como acto perverso o no mencionado. Así las cosas, el capítulo 4 de este trabajo de grado ahonda en este aspecto desde Marion: “El hombre se revela a sí mismo por la modalidad originaria y radical de lo erótico” (“El fenómeno” 14). Sin duda, entre otras consideraciones y pensadores, se invita en este aparte a santo Tomás de Aquino: “La abundancia de deleite que se siente en el acto venéreo ordenado por la recta razón que se opone al justo medio de la virtud” (S.T. 11-11q 153a 2).

El quinto y último objetivo específico sugiere hacer un análisis desde la perspectiva de Jean-Luc Marion sobre aquello en que consiste el concepto de amor propio, tema tratado en el capítulo 5 y al final de este trabajo. Marion, de forma temprana en su texto, decreta como un imposible al amor propio,

sustentado en el análisis espacial y que exigiría amar desde un aquí para un allá y estar dispuestos a un acto recíproco que permitiera una respuesta de ese allá hasta el aquí: “Si tengo que amarme a mí mismo, hay dos opciones: o bien sólo se trata de un yo, o bien se trata de dos yoes diferentes” (“El fenómeno” 57).

La metodología seguida sugirió revisar, desde una hermenéutica filosófica, los postulados y enunciados de Jean-Luc Marion de forma que se cotejaran con las de otros autores permitiendo su abordaje para su análisis y revisión. Esto implicó un ejercicio comprensivo al estilo gadameriano, tratando de revisar desde un horizonte de comprensión compartido las diversas maneras de entender las ideas que sobre el amor manejan algunos pensadores, siendo Marion el punto focal de tal ejercicio.

Finalmente se espera que este ejercicio investigativo evidencie—como lo plantea el autor del libro *El fenómeno erótico*—“la necesidad de pensar el amor”, de mencionarlo y hacerlo partícipe de la razón. El amor debe volver a ser cuestión y como tal, el individuo está invitado a pensarlo y no solamente a gozarlo, como quedará expresado en el contenido de este trabajo de grado.

## 1. EL AMOR COMO CONCEPTO

Sin un concepto, pronunciar la palabra amor, significa no saber lo que decimos y de hecho no decimos nada. Si bien se puede decir esto o aquello sobre la disposición erótica, ésta no puede ser descrita fácilmente ni distinguida de otras disposiciones no eróticas como la amistad, el apego o la costumbre. Sin un concepto claro será difícil saber cuándo se trata de amor y cuándo no.

El concepto de amor se ha perdido para Marion, porque la filosofía rechazó al mismo tiempo su unidad, su racionalidad y su primacía. No se debiera, en nuestra opinión, dejar el amor como un elemento insondable. La filosofía puede arremeter incluso ante el amor ¿Cómo no hacerlo si la amplitud y sustancialidad del amor es absolutamente verificable en el ser? Dado que si el ser no amara, al menos éste es producto del amor.

Cada persona, afirma Uribe, y cada grupo humano tiene su forma de relación, de cultura, de mística, de amor (“Cultura” 83). En este trabajo de profundización, que se soporta única y exclusivamente en el libro “*El Fenómeno Erótico*” de Jean-Luc Marion, y no en sus otras obras con el ánimo de hacer una revisión profunda al mencionado texto, frecuentemente nos preguntamos ¿se me ama de otra parte?, ¿puedo amar yo el primero?, cada una de éstas resuelve inquietudes tan trascendentales como la presencia y reconocimiento del otro, así como la reciprocidad. Tomar esta obra aisladamente, permite precisar que en ella Marion busca recobrar y valorar el término amor, no obstante la precariedad de ciertos análisis y los someros comentarios que hace el autor. Pero lo que más reivindica a *El fenómeno erótico* como la obra que en suma recoge todos los intentos y aproximaciones de Marion sobre el amor, son sus propias palabras en el texto homónimo:

Este libro me ha asediado desde la aparición de *El ídolo y la distancia* en 1977. Todos los que publiqué luego llevan la marca, explícita o disimulada de esa inquietud. En particular, *Los prolegómenos a la caridad* solo fueron publicados en 1986 para atestiguar que no había renunciado a ese proyecto, aun cuando tardara en realizarlo. Todos, especialmente los tres últimos fueron otros tantos escalones hacia la cuestión del fenómeno erótico (17).

Así pues, Marion manifiesta que el fenómeno erótico es el resultado de sus preguntas sobre el amor, aunque se esperaría mayor profundidad y/o claridad.

Una mirada unívoca del amor se cita en el texto *Ver desde el punto de vista de Dios* traducido por el Dr. Carlos Enrique Restrepo del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, en el que Marion afirma:

La única diferencia entre Dios y nosotros es que Dios es mucho mejor amante que nosotros. Si se tratara del béisbol, diríamos que Dios es un lanzador mucho más brillante y talentoso que nosotros, pero el juego es el mismo. Todo es ambiguo entre Dios y nosotros respecto al ser, al tiempo, al poder, a la muerte y demás. Pero hay algo unívoco: el amor. Aún en el caso de que todo lo otro que he escrito estuviera errado, estoy convencido de que esto último es verdad.

De esta manera, Marion reitera el término amor por encima de la *philía* y el *ágape*. Así mismo, a lo largo de este trabajo se hace recurrente hablar del amor ante la reflexión que indica que en el idioma español y en nuestra cultura es a este término al que se apela e invoca incluso sin saber de qué se trata, como lo admite el autor en la introducción de *El Fenómeno erótico*, texto al que alude esta propuesta de trabajo de grado. Es pues una recurrencia de Jean-Luc Marion, y no de este trabajo de grado, hablar y prevalecer sobre el término amor y no el *ágape* o *la philía*, que si bien se traduce al castellano como amor, no se trata en el mismo sentido como eros. En ningún momento se plantea oposición entre amor, *philía* y *ágape*. Solo que el amor erótico presenta una connotación distinta. En el mismo sentido conviene citar a Pieper:

[...] yo me pregunto si esa intencionada difamación del eros, vista con todo rigor como típicamente cristiana, que ha penetrado en la

conciencia general y no sólo en la de la cristiandad, no habrá tenido su parte de culpa en la difamación del Cristianismo como tal que a los ojos de todos se está produciendo actualmente, apoyándose en lo que en el terreno del Eros se considera, con razón o sin ella, como lo más conforme a la naturaleza del hombre (“Las virtudes” 484).

Y aún más:

La pretensión de un amor de ágape que quiere ser absolutamente “inmotivado”, desprendido y remiso a todo lo que sea recibir, y supuestamente “soberano”, en el que se deba ahogar toda ansia de poseer o por lo menos dominarla, está basado en un enjuiciamiento falso del hombre real, y no tanto por implicar un desconocimiento de su imperfección empírica.

La natural exigencia de felicidad no sólo es aceptada como un hecho por santo Tomás y por toda la tradición que él representa, sino que una y otra nos aseguran que, además de ser ese inextinguible deseo de apagar una sed infinita un fenómeno completamente “en orden”, es el comienzo irremplazable de todo amor consumado. Por otro lado, esa misma difamación del ansia humana de felicidad que se está cometiendo cuando se desvaloriza al eros, tiene la culpa de que se vea con turbia mirada y se deforme el fenómeno del “amor” (*Id.* 493-494).

Una hipótesis reiterada advierte que los conceptos y modos de expresión del amor han sido mal aprendidos. De igual modo, el hecho de no pensar el amor ha llevado a que este se practique sin conocimiento más allá que el de la experiencia propia. Precisamente, el subtítulo de este trabajo de grado de maestría es “Sobre la inconveniencia de no pensar en el amor”. Jean-Luc Marion insiste también al respecto: “Y con razón, porque saben mejor que nadie que ya no disponemos de las palabras para decirlo, ni de los conceptos para pensarlo, ni de las fuerzas para celebrarlo” (“El fenómeno”7). Más adelante enuncia: “En cuanto a decirlo, pensarlo o celebrarlo, silencio en las filas” (*Id.* 9). Sobre el pensamiento continúa comentando Marion: “El concepto de amor se distingue justamente por su aptitud para pensar lo que la filosofía considera una locura – no quitándole siempre la razón, sino a menudo dándosela a los acontecimientos amorosos en cuanto tales, según una racionalidad que proviene del amor mismo. El amor deriva de una racionalidad erótica” (*Id.* 12). Es interesante también la manera como Marion diferencia el querer del amar, asociándolo al simple desear:

“Soy porque puedo dudar de los objetos y porque me pienso aún al querer dudar; en suma, tengo certeza porque así lo quiero. Pero, ¿acaso no puedo también no querer lo que quiero? Y lo que quiero ¿estoy seguro de quererlo aún siempre?” (Id. 27).

Presentemos ahora, brevemente, algunas concepciones que frente al amor manejan otros autores, tanto clásicos como contemporáneos de Marion, a fin de contrastar las definiciones y explicaciones que sobre este concepto se han trabajado y que nos sirven para lograr el propósito de este trabajo.

### **1.1 Concepto del amor en otros autores**

Para santo Tomás de Aquino, en el lenguaje cotidiano existe un verdadero uso analógico de la palabra amor. Decimos que amamos (o que nos gustan con verdadera afición) ciertas cosas y ciertas actividades: “fulano ama los animales”, “esta chica ama la ópera, o el ballet, o el tenis”, “mi amigo ama las matemáticas o el rock”; a veces también podemos decir (y se nos entiende) que “amamos” cierto tipo de comidas. También cada uno puede afirmar: “amo a mi esposo o a mi mujer”, “amamos a nuestros familiares, a nuestros amigos, a Dios” e, inclusive, “a nuestros enemigos”, según la ley de la Caridad. Plantea esta sentencia no esperar en el amor, una respuesta o contraprestación. Con respecto a la afirmación del aquinate, comenta Patricia Astrorquiza en su tesis doctoral titulada *Ser y amor. Fundamentación metafísica del amor en Santo Tomás de Aquino*:

No sólo una madre sabe que el amor verdadero es el amor desinteresado; cualquiera de nosotros lo sabe. Por eso, sentimos repugnancia hacia los amores que se muestran engañosos y falsos. Nos molesta todo el amor en el cual el amante parece, más amante, un ave de rapiña: dispuesto a satisfacer, en quien ama, todo sus deseos, pero incapaz de satisfacerse verdaderamente por la persona amada. En cambio, entendemos que un verdadero amor es capaz de los más grandes sacrificios por alcanzar el bien de la persona amada, es capaz de entregar hasta su vida por quien ama. *El amor verdadero se nos presenta siempre como un amor de entrega y de donación*, nunca como una inclinación que lleva a buscar todo el bien para uno mismo (2002).

En primer lugar, Tomás de Aquino da por sentado que el individuo amante reconoce el amor desinteresado como el verdadero amor, como el amor primordial. El amor egoísta está identificado y condenado en la aseveración anterior que hiciera Tomás. Entre otras, el autor acude a menciones cristianas como “la donación y entrega”, como características del amante que busca el bien de la persona amada. No obstante, el mismo santo Tomás afirma que amamos a Dios como dispensador de bienaventuranza y, sobre el amor divino, nos anuncia:

Algunos afirmaron que, aun en la misma voluntad, el nombre de amor es más divino que el de dilección, porque el amor importa alguna pasión, principalmente en cuanto está en el apetito sensitivo; mientras que la dilección presupone el juicio de la razón. Ahora bien, el hombre puede tender mejor a Dios por el amor, atraído pasivamente en cierto modo por Dios mismo, que puede conducirlo a ello la propia razón, lo cual pertenece a la naturaleza de la dilección, como queda dicho. Y por eso el amor es más divino que la dilección (Suma Teológica I-II Qu.26 art. 3)

Nuevamente, estas consideraciones invitan a poner la mirada sobre la pretendida contraposición entre *eros*, como amor de deseo, posesión e interés en la satisfacción personal, y *ágape*, el amor desprendido, de renuncia, el amor desinteresado de quien no busca nada para sí. Esta perspectiva del deseo, bastante negativa por lo demás, olvida que el deseo es la condición de posibilidad de encuentro con lo trascendente, que se presenta a la voluntad como lo deseado, lo querido, lo necesario para calmar la inquietud de la voluntad, tendiente siempre a su adecuación y satisfacción.

En la dilección se considera el raciocinio que supone el amor en Marion. La invitación de Marion a pensar el amor (como poco se hace) es coincidente con la dilección. No se expresa claramente aquí en Tomás, como otro amor. Se plantea como dos actitudes del individuo. El que razona el amor y el que ama desde el apetito sensitivo. Desde Pieper el asunto sería así:

Otra de las “disensiones” muy discutidas, entre la concepción platónica del *eros* y lo que nosotros tenemos por verdad, se evidencia como superficial

en un estudio más próximo. El concepto platónico de “eros”, se dice, implica en el fondo un *amor de sí mismo* que tiende al enriquecimiento y la plenitud, mientras que el concepto cristiano *cáritas-ágape* es, por el contrario, el amor enajenándose, desinteresado, ofreciéndose. Esta contraposición, que representa de por sí una simplificación inadmisibles, es altamente impugnables en sus dos partes. En primer lugar, también según Platón, el eros ascendido para la contemplación de lo originariamente bello adopta una forma que abandona todo desear egoísta y que se podría designar lo más exactamente como “adoración”. El final del discurso de Dios en el “Banquete” es difícilmente interpretable de otro modo (211-212). De otra parte es, ante todo, especialmente discutible que el hombre pueda amar, en absoluto, “desinteresadamente”. Hasta en la teología es definida la más alta forma de *caritas* de manera que a través de ella se ama a Dios como el *dispensador de bienaventuranza*. Pero bienaventuranza, lo que en último término se busca en todo amor, no es sino la saciedad definitiva de la sed más profunda. El hombre es por naturaleza un ser sediento y necesitado; no, como ha dicho Kant, en tanto “pertenece al mundo sensorial”, sino, justamente, en cuanto es espíritu. No podemos ser tan desinteresados que desistamos de la saciedad última, de la bienaventuranza: no *podemos* querer no ser felices (“Entusiasmo” 144-145).

Lo dicho sobre Platón es perfectamente aplicable al pensamiento de santo Tomás de Aquino, quien de ninguna manera condena el deseo de felicidad en el hombre, ni mucho menos, que busque a Dios como dador o dispensador de dicha felicidad, aquella que no podría dejar de querer “Así, pues, ya que hay comunicación del hombre con Dios en cuanto que nos comunica su bienaventuranza, es menester que sobre esa comunicación se establezca alguna amistad” (*Suma Teológica* II-II q. 23 a. 1). En contraste, a continuación el mismo santo Tomás enuncia una dimensión pasional del amor. “El hombre quiere la bienaventuranza eterna y no puede querer no ser feliz” (*Suma Teológica* I-II q. 13 a.6). Para él, el más fundamental problema del amor no es otro que el discernimiento de su esencia y de sus causas. El amor es una realidad, quizás la más sublime de todas, cuya naturaleza parece escaparse a la comprensión del hombre con más facilidad que la naturaleza del conocimiento.

En el primer capítulo de la obra *El fenómeno erótico* de Jean-Luc Marion, intitulado el “Silencio del amor”, el autor enuncia 18 veces en 11 páginas el término “Concepto del amor”. Más aún, lo anuncia para ratificarlo como lo hace en



las siguientes citas: “De hecho los filósofos lo han dejado en el abandono, lo destituyeron del concepto y finalmente lo arrojaron en los márgenes oscuros e inquietos de su razón suficiente – junto a lo reprimido, lo no dicho y lo inconfesable” (7). Más adelante, expone Marion: “La poesía puede decirme lo que experimento sin saber articularlo y me libera así de mi afasia erótica- sin embargo, nunca me hará comprender el amor en su concepto” (*Ibíd*). Continúa Marion: “Semejante abandono de la cuestión del amor por parte del concepto debería escandalizar, tanto más en la medida en que la filosofía tiene su origen en el mismo amor y solo en él, ese gran dios” (*Id.* 8).

Según Manuel Cruz:

En efecto, resulta evidente que los pensadores del pasado han dedicado buena parte de sus energías intelectuales a hablar de sentimientos, pasiones, emociones o afecciones—por mencionar solo algunos de los rubros bajo los cuales ha tendido a quedar subsumido, de una u otra manera, el amor—. Obrando así le concedían, qué duda cabe, importancia filosófica, pero no está claro que la que le debería corresponder. Porque el amor es mucho más que un tema filosófico de idéntico rango que los más importantes: es, en el fondo, por decirlo de manera un tanto abrupta, aquello que hace posible la filosofía misma (Cruz 17).

Precisamente, y sobre la misma expresión “Concepto del amor”, Marion expresa: “En la urgencia, nos dedicaremos pues al primer inventario de los lugares: no solamente ya no tenemos un concepto del amor, sino que ya ni siquiera tenemos una palabra para decirlo” (“El fenómeno” 9). Sobre el concepto del amor agrega el autor: “Nada nos exime pues de intentar fijar, aunque solo fuera en forma de esbozo, agrandes rasgos y como apenas hilvanado, un concepto del amor (*Id.* 10). Dice además: “Finalmente, un concepto del amor debe alcanzar la experiencia de los fenómenos eróticos a partir de ellos mismos, sin inscribirlos de entrada y a la fuerza en un horizonte que sigue siendo ajeno” (“El fenómeno” 12).

En la obra *Pablo de Tarso*, Günther Bornkamm se aproximó a la cuestión del amor así:

¿Qué entiende Pablo por amor?, sus cartas dan motivo ampliamente para que nos hagamos la pregunta. Por otra parte esta palabra, precisamente, ha llegado a integrarse en el vocabulario cristiano como ninguna otra y –a fuerza de usar y abusar tanto de ella- ha perdido en buena medida su contenido y su fuerza (277).

Entre otras circunstancias, este comentario nos pone a pensar en el uso de la palabra amor como vocablo cristiano, pero que no es exclusivo del cristianismo. Hoy día es profesado por todos y para todos. Llama la atención fundamentalmente la presencia del vocablo en referencia a lo material e inmaterial no humanizado como cuando se dice que se ama a la patria, la institución, la tradición o los bienes; es decir, se confunde el amor con la dependencia, admiración o apego de bienes materiales e inmateriales. En esto consideramos se fundamenta el hecho de decir que el término amor está desgastado dado que se usa para todo acto de relación. No toda relación del ser es de amor, la presencia frente a mí de un cuerpo inerte no supondrá amor, más si necesidad, que no un sentimiento. La afirmación, por ejemplo, “yo amo comer bien” puede significar “gustar” comer bien. La sentencia “Yo amo mis bienes” puede abocar a la “gratitud” por lo que ayuda a que viva. En este sentido el constructo verbal y racional habrá de ser, “yo gusto comer bien” y “yo agradezco, reconozco y valoro mis bienes”.

Para poder pensar el amor, se hacen necesarios, según Jean-Luc Marion, conceptos que ya no tenemos. No pensar lo suficiente el amor con los conceptos precisos, conlleva a que quien debiera originalmente situarse como amante se equivoque y se sienta como tal, pero desde los elementos que lo constituyen más como pornógrafo o sentimentalista, apegado y dependiente. Para evidenciar esto Marion acude a enunciar la misma palabra como para demostrar los distintos caminos que recorre en el individuo el amor. Así, el autor argumenta que: “No solamente ya no tenemos un concepto del amor, sino que ya ni siquiera tenemos una palabra para decirlo. ¿Amor? suena como la palabra más prostituida estrictamente hablando la palabra de la prostitución” (Marion “Au lieu”9).

Citemos nuevamente a Manuel Cruz, quien al referirse a la experiencia y al conocimiento del amor afirma: “Difícilmente podría sostenerse que conoce el amor aquel que no ha tenido jamás una experiencia amorosa, pero, análogamente, tampoco cabría afirmar que la experiencia por sí sola se identifica con su conocimiento (es un hecho que, con mucha frecuencia, no entendemos aquello que nos pasa)” (Cruz 21).

El amor solo se hace y no se dice, piensa o celebra, insiste el autor. Algo que explica que no se pueda decir nada del amor es que no existe un concepto sobre ello. Sin un concepto, cada vez que pronunciamos la palabra amor o hilvanamos palabras de amor, literalmente ya no sabemos lo que decimos y, de hecho, no decimos nada (Cruz 10). Sin claridad en el concepto es difícil saber cuándo se trata del amor o no, qué comportamientos se derivan de él y cuáles no, entre otras cosas. Al respecto se hace necesario, aclarar que la palabra amor no ha sido degradada conscientemente por su usuario. Éste la degrada por el desconocimiento de su significado, por la falta de razón y claridad en lo que quiere decir. Postura desde lo que también habrá de tomarse distancia de Marion.

Las específicas contradicciones del mundo en que nos ha tocado en (mala) suerte vivir han terminado por cuestionar buena parte de las ideas acerca del amor que el pasado nos dejó en herencia, sin que todavía haya emergido una concepción alternativa (ese amor à *reinventerya* anhelado por Rimbaud) que no solo se adecúe a las nuevas circunstancias, sino, sobre todo, esté a la altura de aquello a lo que debería dar forma. Ya lo que debería dar forma es a la energía amorosa, a la pulsión hacia el otro, a la desesperada necesidad con la que, en un momento determinado de nuestras vidas, alguien reclama (y se apropia de) nuestro corazón con una fuerza sobrehumana, ofreciéndonos a cambio el milagro de la felicidad más absoluta ante su mera presencia. Porque en eso se sustancia el amor, finalmente. Y es de eso, en definitiva, de lo que nos urge dar cuenta (Cruz 24).

Uribe expresa, en *Cultura y Religión*, que sobre el amor se hacen infinidad de afirmaciones, hasta el punto de que todo el mundo desconfía de lo que significa amar (33). Además agrega que, en sí, el amor nunca será un concepto unificado.

Puesto que es vivencia y verificación, el amor se constituye en una verdad para cada cual. Interesante es también la afirmación que respecto a la metafísica y el amor hace Marion cuando dice: “Yo amo incluso antes de ser, porque no soy sino en cuanto experimento el amor como una lógica. En una palabra, habrá que sustituir unas meditaciones metafísicas por unas meditaciones eróticas” (“El fenómeno” 15).

No obstante, es necesario cotejar esta idea de Marion, con la perspectiva de Juan Cruz Cruz desde el realismo metafísico aristotélico-tomista, en el cual la realidad del otro y la mía propia son condición *sine qua non* del amor.

La determinación del amor como respuesta de la intimidad subraya el sentido del *realismo* clásico frente al idealismo moderno. El supuesto ontológico del amor es la *realidad* del otro. Si el sujeto amante fuese pura libertad de crear o fingir la consistencia del otro, carecería de sentido el amor como éxtasis de la intimidad. En la persona del «otro» está el objeto formal del perfecto amor: se ama algo porque es bueno, porque encarna la índole del bien: «algo es amado en cuanto tiene la índole de bien» (S 711-II q. 26 a.2 ad 1). Lo cual no equivale a afirmar la prioridad del amor interesado y la subordinación del bien al sujeto amante. Porque el bien no es bueno porque sea apetecible, sino que es apetecible porque es bueno. Afirmar que el bien es el objeto formal del amor es fundar no sólo el carácter extático o desinteresado del amor, sino fundar el *amor* sin más. Y si el supuesto ontológico del amor es la *realidad* del otro, se sigue que la voluntad no es jamás creadora de su objeto, sino solamente capacidad de lograrlo y de unirse con él. Si el bien es un valor en sí, exige ser querido como tal, so pena de no ser ya el bien. Pero el bien no se da verdaderamente como bien sino cuando el amor lo toca precisamente bajo la índole de bien (*sub ratio boni*), o sea cuando hay un sujeto inteligente que así lo capta o comprende: si el hombre no tuviera inteligencia (o razón) jamás sabría lo que es el bien, y nunca aparecería el bien en su propia naturaleza, como bien absoluto, no relativo a un apetito sin conciencia intelectual (Cruz 1999 24-25).

En ese esfuerzo por abordar el concepto, Marion en primera persona advierte que “[...] al citar el tema lo haré desde mi propia historia amorosa de quienes me amaron, quienes aún me aman y a los que quisiera poder amar, un día, como sería adecuado -sin medida-” (“El fenómeno” 17). Seguramente aquí está el primer

asomo de las dificultades que conlleva la comprensión del concepto del amor y es que cada quien lo cita como le va, lo percibe o como se lo transmitió la tradición.

Al respecto Uribe señala que:

Cada uno necesita descubrir por sí mismo, solo y en compañía, el contenido de cada palabra que habla del amor, quien confía solo en la experiencia de los demás corre el riesgo de equivocarse, al no encontrar en la palabra amor, su sentido y su contenido. La confianza en el amor ha de ubicarse en el terreno de la experiencia (2010 33).

Etimológicamente la confianza refiere a la fe y honestidad (*Fides*). Preguntémosnos ¿Qué se le ha de conferir al amor? Ni más ni menos que confiar en el acto de amar. Uribe Carvajal plantea como fundamental recobrar la confianza en la desgastada palabra del amor. Complementa que en el ejercicio de recobrar la confianza hay que pensar el término. Primero ¿Qué es en lo que se debe confiar? El amor. ¿Cómo y qué se ama? Esto sin duda es un acto filosófico.

Es contundente esta afirmación, el amor debe ser verificado y vivenciado en primera persona. En un similar afán, Onfray indica que: “La genealogía idealista del deseo supone definir el amor como búsqueda de lo completo originario. Ausencia de conjurar, vacío que colmar, metafísica del agujero que se debe tapar, diría Sartre en el delicado lenguaje de su ontología fenomenológica” (44). Expresa que se ama desde la falta del ser que incompleto busca en el otro. Amar al otro viéndolo como complemento de un todo.

Para Xabier Pikaza, en *Palabra de amor*, el concepto del amor requiere tener claridad en dos principios:

Prende y crece, por un lado, sobre el fondo de tensión sexual y lleva a la unidad de dos enamorados. Pero al mismo tiempo, emerge de aquello que pudiéramos llamar el apetito empático, esto es, la capacidad de comprensión, confianza y convivencia de los hombres. Todo intento reductivo, que no quiera destacar más que un aspecto y que declare lo

restante como secundario, peca, a mi entender, de imposición o dictadura. El hombre es ser complejo y es preciso que así lo concibamos (74).

En Pikaza, no se disocia la empatía de la tensión sexual en la que se expresan los amantes. Algo similar a la comunión entre el sentimiento y el instinto, o el *Ágape* y el *Eros*.

## 1.2 El tiempo y el espacio en el amor formulado por Marion

Para acercarse al concepto del amor deberá avocarse a los conceptos de tiempo y espacio. Este último habrá de considerarse en el ámbito del amor de la siguiente manera: Si se está en la situación de amable, se está desde la pregunta ¿Me aman? Y quien me ama (amante) está en un allá. En el espacio los entes pueden existir juntos y al mismo tiempo sin volverse mutuamente imposibles, como lo argumenta Marion: “Todo aquí puede convertirse en un allá, todo allá puede volverse un aquí. Los entes espaciales se caracterizan pues por la propiedad paradójica de no aferrarse a ningún lugar propio, no tener un domicilio fijo” (“El fenómeno” 40).

En esta relación tiempo y espacio, determinar qué papel estoy desempeñando (amante o amable) conducirá a estar en relación con el otro. Desde el amante se está aquí y se reconoce al amable en un allá. Es sin duda espacial la referencia de Marion. Del mismo modo, al suscitarse la reciprocidad (cuando el otro también me ama) el fenómeno se da desde un allá hasta un aquí. Por lo que es verificable el pronunciamiento de Marion sobre “todo aquí puede volverse un allá”.

En términos de la reducción erótica, las condiciones físicas y geográficas no determinan un aquí y un allá, pues donde quiera que se esté se puede plantear la pregunta ¿Me aman? El lugar físico a donde se quiera desplazar seguirá siendo un allá. Con esta contextualización y referencia física, metafórica, Jean-Luc Marion demuestra que la condición de amable se lleva a todas partes siempre que se pueda plantear la pregunta ¿Me aman?

En referencia al tiempo o al orden de los sucesivos, para empezar con una definición natural, todo “ahora” proviene de un antes y se convertirá en un después, sugiere Marion que en lo concerniente al tiempo de los acontecimientos se está a la deriva. Explica, además, cómo un acontecimiento me toma por sorpresa y el tiempo de su ocurrencia no puede ser controlado por mí. En lo que se relaciona a la pregunta ¿Me aman? La respuesta pudiera ser: “Puedo decidir continuar amando y haciéndome amar, pero no puedo decidir el momento en que empezaré a hacer lo uno o lo otro, porque no puedo decidir si afrontaré y cuándo afrontaré la pregunta ‘¿me aman?’” (Marion, el fenómeno, 40). De hecho, cuando afronte la pregunta ¿me aman?, si la respuesta fuera negativa, seguiría con la incertidumbre de ser algún día amado. Es decir, el concepto tiempo en el que seré amado es solo especulación y también el tiempo que duraría mi relación amante-amable.

A esta altura del desarrollo de este trabajo de grado se va teniendo claridad de la figura de amable, que está ahí, en esa calidad. “Al decir ¿Me aman? No sé entonces quién soy, pero al menos sé dónde estoy: me encuentro aquí, es decir donde me encuentra la pregunta que me planteo” (Marion “El fenómeno” 49). El aporte inicial de la pregunta ¿me aman? es la ubicuidad en un presente.

Queda en evidencia que la pregunta ¿Me aman? asegura un aquí en el espacio, acto seguido me determina en el presente, tiempo. Finalmente entreluce mi carne. Nada de eso viene de mí, importante es considerar que Marion encuentra que estas tres respuestas vienen de un allá. De otra forma, de un tercero.

### **1.3 La seguridad en el amor según Marion**

Se busca en el amor sin duda “no tanto una certeza sino una seguridad” (Marion, “El fenómeno” 79). La psicología y una de sus especialidades, el psicoanálisis, pareciera ya haberlo mencionado. Muchas relaciones se fundamentan en la

seguridad que el otro garantiza. Ahí es claro el beneficio que se recibe más que lo que se garantiza al otro, entonces ¿será que es característico e inherente al ser buscar refugio seguro antes que amparar a su amado? Marion continúa exponiendo: “Primero quiero recibir mi parte –mi seguridad y que me amen- y solo entonces pagaré y amaré a cambio” (*Id.* 84). La consideración por lo espacial se hace notable aquí pues es Marion esa seguridad, viene de un allá. Ese amado que también es amante y en respuesta al estímulo genera la seguridad del que retorna amor.

El estímulo primero entonces–según Marion- ha de ser la seguridad. Acudiendo también a la reciprocidad, el elemento de intercambio entre amante y amable es la seguridad. Si se me ama se me asegura, obtengo seguridad. Una vez seguro, el amante se constituye como tal si se partiera de la hipótesis o aseveración de amar como acto secundario a ser amado. Con esto se estaría aseverando que ser amado equivaldría a ser asegurado por el otro que garantiza, más allá de la certeza, que él ama.

#### **1.4 La reciprocidad y el amar primero**

Así, hubiera sido preferible que cada uno produjera la felicidad sin solicitarla de otro lugar. El actuar popular en términos de relación afectiva y erótica parece ser el que dicta Jean-Luc Marion en adelante: “Solo amar a cambio, solo a posteriori, solo si me aman primero y exactamente en la misma medida en que me amen” (“El fenómeno” 85).

Como se afirmaba en el aparte anterior, la moneda intermediaria en el amor es la seguridad. Pero ¿es una tasa proporcional?, pensando el amor debemos determinarnos en la que pudiera llamarse, la iniciativa de amar. “Amo si me aman”, es otra sentencia socio-cultural. Yendo más allá, preguntémonos ¿es una actitud introyectada en la naturaleza del ser? ¿Amar solo cuando esté seguro que me amen?



Este tergiversado concepto de amor se afianza cada vez más de generación en generación pues se observa y pone en práctica sin un alto para razonar en qué consiste esencialmente el amor, distinto a un contrato en el que ambos obtienen beneficios. Hablar de reciprocidad exige y sugiere el intercambio, esa reciprocidad es refutada en los planteamientos de Marion y asevera que es imposible que se dé el amor pues los amores que aman no tienen nada que intercambiar, entiéndase objetos y por lo tanto ni su precio puede ser calculado. Apartándonos del autor, haremos hincapié en el estímulo primario que se advierte en el ser a amar, amarse –e incluso idolatrar- y en la necesidad de cuidar o depender. El ser que ama acude necesariamente a intercambiar, a entregar algo a cambio. Así sea más tarde que temprano sopesa el ser cuando recibe a cambio. De hecho este último acto es resultado de un ejercicio de su razón, de la reflexión sobre el acto amoroso; luego, aunque Marion reprocha y descalifica el intercambio, es necesario observarlo como un fenómeno evidente.

Concluye el aparte de “El amante que avanza”, diciendo Marion: “Amar tal vez, pero solo si antes estoy seguro, por lo tanto bajo la condición de que me amen primero” (“El fenómeno” 86). Hace aquí una síntesis descarnada de la categoría de acuerdo entre partes a las que se reduce el amor. Vale notar como se ha insistido en que este concepto de amor se traslada y mal aprende entre generaciones.

Marion acude a pensar en el amor, desmembrándolo y poniendo sobre la mesa a amante y amable junto con sus expectativas. Esta precisa revisión plantea unos interrogantes entre el amor ideal y los convencionalismos frente a la modernidad y el utilitarismo sin decretar una crítica sociológica. Es decir, el amor se plantea en la actualidad como un contrato de conveniencia y contraprestación, es utilitarista. El amante moderno aprovecha al amado y no propiamente en referencia al gozo o la reciprocidad, ese retorno le da rédito social.

Conviene aquí recordar la lectura que le hace a Sócrates Fedro del inicio del Discurso de Lisias:

De mis asuntos tienes noticia y has oído, también, cómo considero la conveniencia de que esto suceda. Pero yo no quisiera que dejase de cumplirse lo que ansío, por el hecho de no ser amante tuyo. Pues, precisamente, a los amantes les llega el arrepentimiento del bien que hayan podido hacer, tan pronto como se les aplaca su deseo. Pero, a los otros, no les viene tiempo de arrepentirse. Porque no obran a la fuerza, sino libremente, como si estuvieran deliberando, más y mejor, sobre sus propias cosas, y en su justa y propia medida (*Platón El banquete* 262e 23).

A manera de comentario de la cita anterior, podemos traer a colación una interesante frase que al respecto hace Pieper:

Aquí habla uno que desea, que reconoce no *amar*, y su discurso sirve para ocultar y hacer olvidar el desnudo instinto que sólo desea placer, *physical desire and nothing else*, y para justificar la falta de amor verdadero y la *no-participación* de la persona. Lo verdaderamente malo, lo inhumano de esta actitud, no yace en el afán de contento sensual, sino en la separación consciente y programática de lo sensual y lo espiritual, del sexo y el eros (“Entusiasmo” 38-39).

El asunto es, en suma, revisar al hombre y el problema del amor con rigurosidad tal, que se cuestiona el ego y la vanidad que tienta a ese hombre. Reconocerse en falta es el primer elemento motivador del amante que quiere amar, pero que espera que a cambio lo amen (reciprocidad). La reciprocidad como ingrediente de una relación entre dos seres.

En la elaboración del concepto del amor formulado, podemos agregar que según Marion: “[...] nada, ni el ser ni la nada, puede limitar, retener u obstaculizar el amor, desde el momento en que el amar implica en principio el riesgo de no ser amado. Amar sin ser amado: eso define el amor sin el ser” (“El fenómeno” 87).

Pareciera aquí estar leyéndose a un poeta y no a un filósofo; al parecer, sus palabras quieren significar que ese infinito sentimiento no encuentra límite y el amor aparece incluso en condiciones adversas. Pero ¿se contradice aquí Marion al sugerir que nada puede limitar u obstaculizar el amor? Pareciera que sí, formulando el amor como acto también espontáneo que no espera nada. “El amante tiene el privilegio sin igual de no perder nada, aun si por ventura no resulta

amado, pues un amor desdeñado sigue siendo un amor perfectamente realizado, como un don rechazado sigue siendo un don completamente entregado” (Marion “El fenómeno” 87).

Para contrastar este concepto de amor, ofrecido a nosotros por Marion, citemos ahora a un poeta que nos podría ofrecer una perspectiva distinta del mismo:

Siempre que haya un hueco en tu vida, Llévalo de amor.  
Adolescente, joven, viejo:  
Siempre que haya un hueco en tu vida,  
Llévalo de amor.  
En cuanto sepas que tienes delante de ti  
Un tiempo baldío,  
Ve a buscar amor.  
No pienses: “Sufriré”.  
No pienses: “Me engañarán”.  
No pienses: “dudaré”.  
Ve, simplemente, diáfano, regocijadamente  
En busca del amor.  
¿Qué índole de amor?  
No importa.  
Todo amor está lleno de excelencia y de nobleza.  
Ama como puedas, ama a quien puedas, ama todo lo que puedas...  
Pero ama siempre.  
No te preocupes de la finalidad del amor.  
Él lleva en sí mismo su finalidad.  
No te juzgues incompleto porque no se responden a tus ternuras;  
El amor lleva en sí su propia plenitud.  
Siempre que haya un hueco en tu vida,  
¡Llévalo de amor! (Nervo 231-232).

Buscando situar al lector y así generar en él un nuevo concepto del amor es que surgen varias preguntas. Una de ellas es: ¿Puedo amar, yo primero? plantea una variante que consiste en no esperar la reciprocidad y sitúa al amor como algo espontáneo en el ser. Amar según Marion no necesariamente es la respuesta a un estímulo, puede incluso ser una inquietud primera en el amante. Para Marion alguien debe empezar primero. Luego da esa posibilidad adicional y no formula solamente el que me ame como condición para amar. Conviene aquí exponer lo que presenta Juan Cruz Cruz respecto a la consideración del hombre como ser

que se encuentra, por naturaleza, configurado para salir de sí mismo, en un proceso extático:

Por ejemplo, Heidegger ha subrayado con particular mordiente metafísico la naturaleza extática del hombre: en *Was ist Metaphysik? Explica que la conciencia humana presupone ya una existencia extática (Ek-sistenz)*, que es el modo en que el hombre despliega su esencia en cuanto hombre; estar extático, fuera de sí, en la verdad del ser, es lo propio de un sujeto no puro ni enquistado en sí mismo. Esta idea heideggeriana se asemeja a la expuesta por varios autores contemporáneos en clave antropológica, como Plesner y Gehlen. Frente a la índole cerrada de la conducta animal, Plesner ha indicado la posición *excéntrica* del hombre y Gehlen la *apertura* de sus tendencias (12).

Parece una contradicción de Marion, aunque interpretándolo, en apartes anteriores crítica la reciprocidad del amor como intercambio comercial. No descarta que se pueda amar primero o como lo afirmábamos, de manera primaria, espontánea, sin estímulo.

Pero ¿Qué hay del otro?, “El otro no le debe ninguna reciprocidad al amante, mejor dicho, el otro solo aparece como amado” (“El fenómeno”87). Así, Jean-Luc Marion nos va situando en los dos roles, amado y amante, sintiéndose en carne propia estos dos estados, ayudará a elaborar o corregir el concepto del amor. No se puede presuponer que contenga la verdad última, pero se deduce de su minucioso análisis que hace un examen racional y no solo sapiencial o emocional e impulsivo. Se detiene y propone pensar el amor.

De este modo, “El amante decide que el otro merece su título de amado, hace el amor suponiendo que el otro, (amado), terminará haciéndolo, entonces el amante no solo hace el amor, si no que hace hacer el amor” (“El fenómeno” 87). Incita al amado a volverse amante: “El amante nunca tiene nada que perder, pues si su amor no es recíproco, él ya se constituyó como eso, amante, más el amable que no es recíproco no fue amante, pues no atendió al llamado de amor. ‘Amar sin ser amado: eso define el amor sin el ser’ ” (2005 87). Ese ser que es el punto de llegada, el receptor, el amable amado. Idealmente, amar significa desprenderme

de toda seguridad que venga de otro lugar, significaría también que no es ya el verdadero amor un acto de reciprocidad sino de abandono. Luego Marion propone ese ideal, cotejado con lo observado en el individuo de hoy. Téngase en cuenta que el amor unívoco no puede decirse más que en un solo sentido. Amar sin reciprocidad es posible, de hecho define al ser como amante así sea amor en un solo destino. Citemos a Alejandro Llano, desde el aquinate, al respecto:

El auténtico amor es siempre entrega a una persona. Es el obsequio más profundo y valioso que se le puede hacer. El amor es el regalo primordial. Se trata del don por excelencia, entre cuyas características se encuentra que no exige pago ni réplica. “El don propiamente es, según el Filósofo, ‘una donación que no se puede devolver’, esto es, que no se da la intención de la retribución, y así conlleva una donación gratuita” (S.T.I q. 38 a.2). En Alejandro de Hales se encuentra una excelente síntesis: “Nada es don sino en razón del amor. Pues si algo se da por temor no es propiamente un don, sino pago; igualmente, si se da por deseo, no es don, sino pedido; el don propiamente es por amor y la liberalidad sin coacción; por tanto, en todo don, lo primero que se da es el amor”(S.T. I.2, Pars III, inqu. 1, tract. 1, qu. 2, a.2, sol.1 (n.609)(Llano 66).

Se va concluyendo, en este apartado de la reciprocidad, que se recibe del otro algo que no se tiene y que le doy, así como él me lo da y ese algo es la dignidad de amante, es decir no era amante hasta que el otro apareció y lo mismo ocurre con el otro. Dar y recibir la condición de amante me sitúa en términos de la reciprocidad. Me convierte en amante el amado, aunque éste no me ame, pero el solo hecho de ser depositario de mi amor me constituye en ello, en amante pues desde mí, parte el amor hacia él. Puede que no sea amado, más si soy digno de ser amado me constituyo como amable. No puedo ser amante sin amado. El ser amado puede prodigar la seguridad en mí que me sitúa como amable (digno de ser amado). Amado, amable, amante son tres estadios de la persona que Marion describe permanentemente en el aparte de la reducción erótica (Marion “El fenómeno” 28) del texto *El Fenómeno Erótico* para facilitar la determinación del concepto del amor. Es decir, hace falta –como se ha venido insistiendo– reconocer los actores intervinientes en el acto amoroso para establecer incluso un aquí y un allá, también para que el actuante reconozca que ama y es amado y al menos como génesis de explicarlo, de entenderlo, de tomar distancia del mero instinto de

amar, con el fin de contemplar a uno y a otro (amante y amado). Hacer del acto amoroso un escenario en el que se piense el amor.

## 1.5 La carne

Para muchos seres, el amor desemboca en la pasión, se concreta en la carne y exige la relación con lo físico y solo eso. “Mi deseo me dice a mí mismo mostrándome aquello que me excita. Reconozco sin falta ese momento en que el deseo me fija en mí mismo al fijar mi mirada en un otro determinado” (Marion “El fenómeno” 128). Lo plantea aquí Marion como el inicio, el primer paso, el estímulo sensorial, lo que excita primero y que es previo al acto de amar. Lo enuncia Marion como posible. En ese mismo sentido parece coincidir Platón. El individuo se perturba por lo bello. La belleza es estímulo que arrebató, provoca y fija la mirada. Así lo expresa Platón en *El Banquete*:

Es menester—comenzó—, si se quiere ir por el recto camino hacia esa meta, comenzar desde la juventud a dirigirse hacia los cuerpos bellos y, si conduce bien el iniciador, enamorarse primero de un solo cuerpo y engendrar en él bellos discursos; comprender luego que la belleza que reside en cualquier cuerpo es hermana de la que reside en el otro y que, si lo que se debe perseguir es la belleza de la forma, es gran insensatez no considerar que es una sola e idéntica cosa la belleza que hay en todos los cuerpos (210a-210b).

La afirmación del cuerpo es una de las notas características del amor, y no solo del amor erótico. Si bien es claro que la dialéctica ontológica de Platón privilegia lo inteligible de la belleza en sí como *eidos*, frente a lo sensible de los cuerpos bellos particulares, no deja de llamar la atención que en *El Banquete* dicho ascenso a lo ideal comience por una contemplación y una consideración sobre la carne. Frente a posturas maniqueas que contraponen el espíritu y la materia, la tradición de la filosofía clásica occidental reivindicará siempre el lugar de la materia, de la piel, del tacto y la energía sexual que hace tender a la persona al goce en el contacto con el cuerpo ajeno. En el siglo XIII, santo Tomás de Aquino debió afirmar la bondad natural de esta tendencia frente a posturas de corte maniqueo, como las

de los albigenses, cátaros y valdenses, cuyo desprecio por la materia, implicaba un rechazo de las relaciones sexuales, e incluso de la procreación, que cuando no era del todo rechazada, era vista como propia de espíritus inferiores no iluminados.

En san Agustín se expresa la validez de acudir al “concúbito” para la preservación de la especie, luego aquí reposa una mirada benévola al cruce de la carne:

Este deseo es, desde luego, un bien, y el negarlo equivale a desconocer que es Dios el creador de todos los bienes, desde los bienes puramente terrenos hasta los bienes celestiales; desde los bienes que no fenecen en su inmortalidad hasta los bienes frágiles y caedizos en su mortalidad. Ni los animales mismos están privados de ese instinto de perpetuación, que les impulsa a la generación. Y obsérvese particularmente en las aves, que con tan viva diligencia y arte se aprestan a nidificar y que tanta semejanza traen con los que se desposan, pues se unen y maridan no sólo para criar, sino también para sustentar su prole (*Del bien del matrimonio XIX*).

Por su parte, santo Tomás de Aquino nos señala en la cuestión 153 de su Suma Teológica (*Sobre el vicio de la Lujuria*):

Así como conviene que se conserve la naturaleza corporal del individuo, también es un bien excelente el que se conserve la naturaleza de la especie humana. Y del mismo modo que, para conservar la vida del individuo, está el uso de los alimentos, así para la conservación de todo el género humano está el uso del placer venéreo. Por eso dice san Agustín en *de Bono Coniugali: Lo que es el alimento para la conservación del hombre es el concúbito para la conservación de la especie*. Por consiguiente, al igual que el uso de los alimentos puede hacerse sin pecado si se realiza conforme al modo y orden debido, porque se ordena a la conservación del cuerpo, así también el uso del placer venéreo puede darse sin pecado si se realiza conforme a un modo y orden debidos, en cuanto que es conveniente para la conservación del género humano (S.T II-II q. 153 a. 2).

En él, entonces, no queda por fuera el cuerpo y su goce como un acto bueno, más cuando este goce garantiza de paso la conservación del hombre. El placer venéreo es bienvenido y no descalificado, no es satanizado desde la perspectiva de la perpetuación de la especie. Una iniciativa bondadosa la de

aproximarse desde esa iniciativa: “La abundancia de deleite que se siente en el acto venéreo ordenado por la recta razón no se opone al justo medio de la virtud” (S.T II-II q. 153 a. 2).

Precisemos aún más el asunto desde Pieper:

No por casualidad formula Tomás la siguiente objeción. Ya que Dios es un ser incorpóreo y nuestro fin es la “semejanza con Dios” tendría que decirse que el alma separada del cuerpo es más semejante a Dios que la unida al cuerpo. Un argumento, pues, que se apoya en un pensamiento muy elevado y al que parece ser que nadie se puede oponer. Pues bien, Tomás se opone. “Más que el alma separada del cuerpo es semejante a Dios el alma unida al cuerpo, porque ella (el alma encarnada) posee su naturaleza de forma más perfecta” (*Quaestiones disputatae de potentia Dei* 5, 10). La corporeidad es, por tanto, buena. Con ello se incluye el que la sensibilidad es buena (tan buena que la “insensibilidad no sólo se considera un defecto sino un *vitium*, una falta moral); la capacidad de enojo es buena; la energía sexual es buena. Se podrían citar cientos de tales frases. En cierta ocasión cita Tomás el parecer de algunos Padres de la iglesia según el cual la multitud del género humano en el Paraíso tuvo que suceder de una forma no sexual. La respuesta de santo Tomás suena muy tranquila, objetiva, pero también absolutamente decidida: *Hoc non dicitur rationabiliter*, “esto no puede decirse razonablemente; pues lo que pertenece a la naturaleza del hombre no se le quita ni se le da a causa del pecado” (S.T I q. 98 a. 2). Tal frase tiene naturalmente consecuencias tremendas, sobre todo para los conceptos fundamentales de la doctrina moral de la vida. Si existiesen campos de la realidad objetiva que en sí mismos fuesen “malos”, “bajos” e “impuros”, entonces podría fácilmente decirse en qué consiste la esencia de la impureza moral (precisamente cuando yo me pongo en contacto con tal realidad en sí misma “impura”, por ejemplo con la sexualidad). Pero ¿qué es la impureza si no existe una tal realidad en sí misma impura? Si lo diferenciativo del tratado de la *Summa Theologica* sobre la templanza es el aire fresco de la inexistencia total de un opresivo vaho de estrechez, pequeñez, anti naturaleza, que con bastante frecuencia se encuentra en otros lugares, entonces tiene esto su motivo en la consecuencia lógica con la que santo Tomás mantiene la tesis de la bondad de todo lo creado (“Introducción” 138-139).

No viene entonces a Tomás el concepto de impureza de cuerpo. Cuerpo y alma al unísono son la aproximación a lo divino, es perfección. Para Tomás es suprema la sensibilidad, por encima de la falta de moral que define su antónima, la insensibilidad. En el texto de Pieper queda claramente expresado.



En muchos otros textos la carne ha sido rotulada como elemento de perversión y no como medio de materialización de la filialidad. La carne, según otros postulados, pareciera ser el escenario que materializa el acto de amar. Conviene preguntarse entonces si ¿amar sin la aproximación de la carne es posible? ¿Se hablaría en este caso solo de amistad y aprecio?

Xabier Pikaza propone en *Palabra de amor*:

Varón y hembra constituyen una misma realidad, son una carne, se completan en su ser y se realizan en su encuentro (Gén 2, 18-25). Por eso, la unidad intersexual no es expresión de una existencia deficiente que debemos superar cuando intentemos ser perfectos. Al contrario: Solo existe ser humano en plenitud por medio del encuentro entre personas del distinto sexo (36).

Queda aquí sujeta la plenitud del ser en la que por medio de la carne se relaciona con el otro que en el caso de Pikaza ha de ser entre sexos opuestos. Sobre el amor y los cuerpos Pikaza agrega: “[...] por eso, el amor se desvela ante todo como encuentro personal, con aquello que eso implica de atracción y goce de los cuerpos, de misterio trascendente”(36).Según Pikaza, el encuentro carnal trasciende también a lo divino, no se queda en lo meramente sexual y físico.

Como novedad, Marion plantea que sobre el cuerpo:

[...] el mero hecho de desnudarlo –quitando la última vestimenta como la última pantalla- no cambia nada; por el contrario la última superficie (la epidermis) puede volver a convertirse de inmediato en la superficie misma de un objeto, que anula toda fenomenalidad de la carne (“El fenómeno” 136).

La erotización es provocar el deseo del otro y la sexualidad no se superpone sino muy parcialmente con la erotización. En esta peligrosa confusión,

Marion aclara que “es posible preguntarme si mi cuerpo entero es sexuado, pero no es posible dudar de que mi carne entera pueda erotizarse” (“El fenómeno” 144).

Para el lector ¿puede estar implícita la relación existente entre el amor y el cuerpo? En la lucha por descontaminar la terminología del amor, aparece un afán por purificar y enaltecer la palabra erotismo. En ella recae popularmente la malicia y perversión; el Eros en la cultura occidental está mal leído porque más que al amor, se refiere a la seducción, dando primacía a la carne—mal entendida— y no al ser que se identifica y funde con el otro. Al respecto, es necesario considerar a Marion cuando argumenta que: “El amante cuyo avance se efectúa en el juramento, aspira al infinito (de una vez por todas y que dure sin término) mientras que la erotización de las carnes entrecruzadas sigue siendo en principio finita” (“El fenómeno” 177).

Es el contraste sin duda entre el fulgor de la carne, lo sensorial y físico. Lo orgásmico que pasa muy a pesar del juramento eterno de los amantes. El goce sigue siendo abstracto. Así se evidencia el contraste de lo idílico y la contundencia de lo físico. Lo físico es un presente y es finito cuando luego de entrecruzar las carnes solo queda el gozo (pasado), el juramento y la seguridad del amor parecieran una promesa, se supone en el tiempo, se eterniza el juramento.

“El rapto supone que la carne daría acceso a la persona, cuando en realidad lo impide” (Marion “El fenómeno” 189). Dicho así, no se llega a la persona por la posesión carnal, la carne es cegadora en el proceso amatorio, mas no es del caso que Marion proponga amor solo sapiencialmente y sin carne, hueso y rostro. La carne, el gozo de ella y la posesión se constituyen en un distractor del amor cuando el cuerpo se mira preponderantemente sobre él. Esto sería meramente idílico e ingenuo, al menos en relación con los otros y no tan descabellado cuando se habla del amor de Dios en tanto que se dice que se le ama solo desde la fe y no tanto por la verificación de su existencia corpórea aunque verificable por la creación. Sobre el amor humano, continua Marion: “El rapto y la perversión confunden todo y no logran nada, porque buscan a la

persona en el reino de lo impersonal... solamente se posee un cuerpo físico u objeto. Solo se posee aquello que no puede amarse” (*Id.* 191).

Camino a la formación del concepto que se quiere redescubrir en Marion sobre el amor, ya se ha revisado desde las posturas de amante, amado, el tiempo, el espacio y escenario del amor, la reciprocidad y hasta la carne.

Ahora bien, observar cada uno y por separado a los actores e ingredientes del amor, puede conducir a una nueva concepción del mismo. Entonces habrá de examinarse ahora el tema de los celos, a los que tanto se apela cuando de esgrimir la posesión del otro se trata.

## **1.6 Los celos y la fidelidad**

Marion toma en serio el tema de los celos:

A los celos hay que dejarlos hablar, aun cuando no siempre sepan lo que dicen –pues quizás pueda aprender más de su delirio que de todas las denegaciones tranquilizadoras de quienes creen haberlos superado, simplemente porque nunca accedieron a los celos ya que nunca se convirtieron en amantes (“El fenómeno” 198).

No obstante la anterior sentencia, a continuación el autor agrega: “Los celos le piden al otro que se realice como amante, reivindicando su veracidad” (*Id.*202). Son estos un signo que reclama reciprocidad y justifica, para quien ama y espera, una respuesta en igual dimensión. Marion valora el celo como información que conduce a que el amante se ratifique como tal.

Frente a la fidelidad, Marion agrega:

El fenómeno erótico que solicita el amante exige la fidelidad extensa y profunda. Pero la fidelidad requiere nada menos que la eternidad [...] En el momento en que amo, desde lo que digo y pretendo amar, más aún en el momento en que amo según la carne erotizada, no puedo congraciarme a

amar si restrinjo mi intención y su significación (aquí estoy) dentro de un lapso de tiempo finito (“El fenómeno” 212).

La fidelidad es presente, es lo único cierto, si soy fiel lo soy aquí y ahora. Lo demás es juramento eterno entre amante y amable que sin duda están al vaivén de lo incierto.

Este postulado del tiempo finito que hace Marion choca con la siguiente conclusión en la que dictamina el autor: “Si pretendiera amar por un plazo de avance limitado, previsto hasta una cierta fecha pero no más allá, mi amor no se anularía al cabo de ese vencimiento, sino desde el principio” (2005 213). De aquí que el ser que quiere amar y ser fiel estaría entrando en una profunda contradicción. Amor requiere fidelidad eterna en Marion. Algo parecido propone el filósofo colombiano Nicolás Gómez Dávila: “Quien ama una vez, ama eternamente. Pero ama a aquel ser concreto que amó, no a ese ser arbitrario que nuestra comodidad crea, designando con un único nombre una indefinida multiplicidad sucesiva de seres”(“Notas”380). Sugiere al respecto Schopenhauer: “Las personas más honestas en lo demás y más rectas la echan aquí a un lado y cometen el adulterio con menosprecio de todo, cuando se apodera de ellas el amor apasionado, es decir, el interés de la especie”(45).

Hacer un “juicio final del amor” significa pasar por tres preguntas que Marion formula y que según él responde a la racionalidad erótica como aludiendo al propósito de este capítulo sobre el concepto del amor y premonición del segundo capítulo que pregunta sobre qué tanto ha sido pensado el amor. Así entonces las tres preguntas que no pueden quedar sin respuesta son:

¿A quién amé al fin verdaderamente? Puede aparecer temporalmente el último en ser amado como el que amé en última instancia y no sé si fue el verdaderamente amado. Cuando no se tiene la posibilidad de repetición se puede inferir que ese es el que amo absolutamente y para siempre.

La segunda pregunta se plantea así: ¿Tendré la fuerza, la inteligencia y el plazo para amarte hasta el final sin remanente ni queja? El amor precisa de la eternidad porque nunca puede terminar de hacer un ejercicio hermenéutico del amante hacia el amado, interpretando si es el amado final, el insustituible.

La tercera pregunta dice ¿Cómo pudimos perdernos y separarnos cuando nos amábamos tanto? Esta pregunta anuncia la temible posibilidad de la decepción y de la separación que todo interesado en el tema del amor habrá de manifestar por ser una posibilidad que al escenificarse en dolor y pérdida también nos acerca a la fuerza e intensidad de la relación de los amantes (antes) y ahora, eventualmente, individuos.

Es claro también en esta respuesta que “El que ya no nos amemos más no implica que no nos hayamos amado en absoluto, nunca; pero esto exige que dividamos entre lo que hemos cumplido y aquello en lo que hemos fallado dentro de ese juramento ambiguo” (Marion, “El fenómeno” 242).

Precisamente sobre ese juramento(que entre otras cosas es un acto tan frecuente en las parejas cuando andan en enamoramiento como lo determina la psicología y donde los intervinientes eternizan su propósito de amor, aunque solo sea producto este del fulgor y novedad de quienes apenas se conocen) el filósofo Jean-Luc Marion insiste: “Una vez amante, lo sigo siendo para siempre, pues ya no depende de mí el no haber amado -el otro siempre atestiguará aunque yo lo niegue, que fui su amante” (“El fenómeno” 243).

No obstante, consideramos que Marion incurre aquí en la condición de ex amante. No por haberlo sido, lo seguiré siendo. Amante hoy no conlleva a la certeza de amante siempre. Es decir, el hecho de amar primero a uno y luego a otro, me escenifica como ex amante del primero. No se puede quedar siendo amante eterno. Ha de plantearse una diferencia conceptual con el autor del “fenómeno erótico”. Distinto a que en la práctica el amante se quiere eternizar, víctima de su embriaguez.

Camino al concepto claro de amor, vale la pena agregar que al decir “te amo” el hombre actual no hace referencia a la fidelidad eterna. La mayoría de relaciones de hoy se fundamentan en el presente y no han de considerar el futuro. No ven más allá del hoy dado que la certeza se verifica un día a la vez. El juramento que por sí solo significa la palabra “te amo” se limita a “tengo amor, o al menos hoy”.

En su afán de amante, el individuo puede solo interesarse en saber si ama, a quien ama y como lo ama. Importante ha de ser saber quién y cuándo. Todo esto depende del amante y de nadie más, desde el principio soy amante.

En Marion, la fidelidad garantiza una temporalidad del amor. El amante, al escuchar el juramento del otro, mira más allá del hoy, pero confiado en una misma ilusión que él mismo fecunda. La fidelidad del otro es inaccesible al amante. Se propone aquí Marion demostrar la complejidad que conlleva el juramento de la fidelidad. El decir “te amo y soy fiel” solo llega a los oídos y no puede ser más que verificado desde la pregunta ¿Me amas? Y ¿me amarás siempre? Pero ¿podieran los celos ser suscitados por el tercero (hijo) y no por el amante o amable?

## 2. PENSAR EL AMOR LO SUFICIENTE

¡El amor no ha sido pensado lo suficiente! Esta sentencia y casi conclusión deberá ser demostrada en este capítulo a través de los contenidos de Jean-Luc Marion, y de la mano de otros autores, para evidenciar que en la realidad occidental el amor solo se hace y no se verifica; es decir, el individuo no piensa el amor, solo goza del acto amoroso. El amor se quedó solamente en un ejercicio instintivo. Pensar suficientemente el amor conllevaría a que cada actuante de la relación se reconozca y audite como tal poniendo en práctica una verdadera relación de amor, de donación. El amor, entonces, pasó a ser un instinto, y peor aún, un instinto carnal. De ahí que pareciera que el satisfacer la carnalidad o saciar la necesidad de apego incluso colmar la soledad, fuera confundido con el verbo amar. La relación causal entre seres hoy día va en contra vía de la racionalidad y sobre el hecho de pensar el amor lo suficiente no hay ni tiempo ni elementos para ello. “La desintegración creciente de la persona se mide comparando la expresión ‘aventura amorosa’, que se estilaba en el XVIII, con la expresión ‘experiencia sexual’ que usa el siglo XX” (Gómez Dávila “Escolios” 29 Tomo II).

Es claro el inminente ejercicio de pensar el amor en el momento en que este se observe, estudie o vivencie. No hacerlo plantearía que se acude al amor desde el instinto o el hábito y que su ejercicio no es también fruto de la racionalidad. Obsérvese que el individuo vive eufóricamente el alborozo del amor cuando este llega, lo toma inadvertido de la razón sin referencia al porqué, al para quién, al desde quién. Ni previamente y mucho menos en el instante, el individuo razona sobre ¿Porqué amar? ¿A quién amar? ¿Y desde dónde ama? Es arrebatado por la sensualidad o el desvelo que le suscita el preconcepto colectivo de amar porque así lo ha visto en el macro mundo.

El hombre ha querido preguntarse sobre muchos temas, pero el interés humano se ha dedicado tanto a entender el amor y a distinguir sus diferentes etapas, manifestaciones y, en general, todas las aristas y estribaciones de lo afectivo. Así, este trabajo de grado permite ahondar en el concepto –si es que se tiene- del amor. Es que se ha ignorado por tanto tiempo el término, que se perdió toda huella del concepto mismo y aun así, se sigue ejecutando su praxis. El instinto ha cobrado valor y preponderancia, reduciendo a la caricia y al coito la expresión amorosa sin que se piense o razone sobre el amor como necesidad de donación o comunión de dos seres, sin que se visibilice un aquí y un allá.

Echemos mano, nuevamente, de ideas de Schopenhauer presentes en su obra *El amor, la mujer y la muerte*:

Cuando se especializa en un individuo determinado el instinto del amor, esto no es en el fondo más que la misma voluntad que aspira a vivir en un ser nuevo y distinto, exactamente determinado. Y en este caso, el instinto del amor subjetivo ilusiona por completo a la conciencia y sabe muy bien ponerse el antifaz de una admiración objetiva. La naturaleza necesita esa estratagema para lograr sus fines. Por desinteresada e ideal que pueda parecer la admiración por la persona amada, el objetivo final es, en realidad, la creación de un ser nuevo, determinado en su naturaleza; y lo que prueba así, es que el amor no se contenta con un sentimiento recíproco, sino que exige posesión misma, lo esencial, es decir, el goce físico (11).

De esta manera Schopenhauer hace un planteamiento meramente instintivo:

Así, pues, no hay hombre que en el primer término no desee ardor y no prefiera las más hermosas criaturas, porque realizan el tipo más puro de la especie. Después buscará sobre todo las cualidades que le faltan, o a veces las imperfecciones opuestas a las suyas propias, y que le parezcan bellas. De ahí proviene, por ejemplo, el que las mujeronas gusten a los hombrecillos y que los rubios amen a las morenas, etc. (Ibíd.).

Esto como para considerar el amor en términos de respuesta primaria de la especie por conservarse. “Una vez satisfecha su pasión, todo amante experimenta un especial desengaño: se asombra de que el objeto de tantos deseos



apasionados no le proporcione más que un placer efímero, seguido de un rápido desencanto. El amor tiene, pues, por fundamento un instinto dirigido a la reproducción de la especie” (Ibíd.).

Pareciera como si el amor hubiera nacido en el olvido, cual lo confirma un repaso Platónico:

Me parece que los hombres no se dan en absoluto cuenta del “poder” del Amor, ya que si se la dieran le hubiesen construido los más espléndidos templos y altares y harían en su honor los más solemnes sacrificios. Ahora, por el contrario, nada de eso se hace, por más que debiera hacerse antes que cosa alguna; pues es el Amor el más filántropo de los dioses en su calidad de aliado de los hombres y de médico de ales, cuya curación aportaría la máxima felicidad al género humano (*El Banquete* 189 c-d).

A esta altura, se hace pertinente leer a Nygren sobre el significado del eros:

[...] el deseo ardiente de bienes espirituales es el deseo de la felicidad, pero no cualquier felicidad vulgar donde, en definitiva no se satisfaga el corazón del hombre, sino que es el *deseo de la contemplación de Dios*. Ciertamente podemos entender el eros como el deseo de bienes sensibles y de placeres corporales, pero a este nivel, el eros difícilmente puede confundirse con el *ágape*, con el amor sobrenatural. Eros tiende a identificarse con ágape sólo cuando se le concibe como Eros Celestial, esto es, cuando se entiende como el deseo de la compensación de Dios (Nygren 69).

En la fundamentación metafísica del amor en santo Tomás de Aquino, en contraposición al motivo de *Eros*, se encuentra el amor *Ágape*. Este amor es por naturaleza, entrega, renuncia de sí y oblación hasta el sacrificio: ágape es el concepto cristiano del amor. Para santo Tomás, según Nygren: “El ágape es espontáneo y no motivado. Este es el rasgo más notable del amor divino en la naturaleza del hombre que es objeto de ese amor. El amor de Dios ‘carece de razón’, por ello, naturalmente no ha de entenderse en el sentido de que sea irrazonable, es decir, arbitrario y fortuito” (*Eros and agape* 69). Conviene aquí citar a Pieper al respecto:

[...] *caritas*, en tanto que acto humano, no puede ponerse en movimiento ni mantenerse viva cuando se la separa del soporte vital de la *passio amoris*. Esta tesis de la conexión entre amor y *caritas*, expresada platónicamente, del enraizamiento del eros en lo sensual, del mismo eros que anhela llevarnos como con vuelo de pájaro a la región de los dioses; esta tesis no tiene un significado puramente especulativo dentro de la descripción teórica del modelo humano. Experimenta una confirmación existencial, a través, por ejemplo, de las experiencias obtenidas en la praxis terapéutica de la psicología, y estas experiencias rezan: que la represión de la capacidad emotiva erótica enraizada en lo sensual hace, en absoluto, imposible el amor y ahoga igualmente el amor “espiritual” y “religioso”; y que la intransigencia, la severidad y rigidez corrientes en hombres que desean llevar una vida “religiosa” pudieran ser determinadas por la innatural represión de la *passio amoris*, el hombre es un ser corporal hasta en la más sublime espiritualidad. Pero esta corporalidad que le hace ser hombre o mujer hasta en las más espirituales manifestaciones no significa exclusivamente barrera y limitación; es conjuntamente el manantial dispensador de toda actividad humana. En ello coinciden santo Tomás y Platón (“Entusiasmo” 143-144)

A lo largo de varias décadas del siglo pasado, se prestó gran atención a la distinción entre el amor como Eros y el amor como Ágape, propuesta por el teólogo sueco Anders Nygren. En el sentido de eros, el amor implicaría el egoísmo de una satisfacción sensible, sexual sobre todo, y tendría por ello un carácter imperfecto. Por su parte, el amor como Ágape sería el afecto de carácter racional sin sombras sensibles de referencia a la propia satisfacción; se trataría por ello del único sentido correspondiente al amor cristiano. Según Nygren:

Se puede mostrar concretamente una forma de vida que presenta el carácter del eros y otra que presente el carácter del Ágape. Estas dos formas no se desarrollan como dos líneas paralelas, que no se juntarían nunca; por el contrario, existe entre ellas una perpetua rivalidad. En todo momento de la vida del espíritu se puede comprobar una competencia entre ellas; cada una busca marcar con su impronta la vida espiritual en su conjunto (69).

No obstante, la perspectiva de Nygren cuenta también con detractores, pues se inscribe en la tradición del pensamiento protestante. Cimentado en el pensamiento de la cristiandad medieval, Alejandro Llano objeta:

Aparte de irresolubles problemas de índole filológica, esta distinción no se sostiene desde el punto de vista filosófico. Se trata de un planteamiento puritano, que podría ser aceptado por figuras como Calvino, pero que no se encuentra en los pensadores más sólidos de la tradición, como es el caso de Santo Tomás. En nuestro tiempo, ha sido objeto de severas críticas, entre las que —a mi juicio— destaca la expuesta por Josef Pieper en su excelente libro titulado *Amor* (Llano 65-66).

Por su parte, Juan Cruz Cruz afirma:

En los mencionados escritos de Nygren, Rougemont, Scholz, Grünhut y Brunner hay una evidente exageración en el modo de comprender el ser del hombre, como si éste no tuviera límites y hubiera de actualizarse en puro Ágape, como si su apetito estuviera ya pleno de antemano y no tuviera que desplegarse en actos, justo para realizarse. El ser humano es indigente, sediento de realidades. Por eso, en su primer acto de amor busca para sí la perfección que él mismo no tiene todavía. La movilización que nuestro ser hace para lograr su plenitud es ya una afirmación de ese mismo ser: porque apruebo o amo mi ser, me muevo a colmar lo que le falta (Cruz Cruz 45).

Jean-Luc Marion se atreve a hacer una cartografía del amor, a veces solo de forma, metodológicamente práctica, hasta mecánica en sus planteamientos para nuestro gusto, pero necesaria al parecer en el autor, para poder explicar el amor. Esta deja ver a sus protagonistas —amante y amable— en contextos espaciales y temporales, acudiendo ellos a sus medios principales para amar, cuales son la razón, el deseo, la carne, el goce y la eternidad. A decir verdad no era de esperarse que Marion fuera tan crudo para abordar el tema, esa crudeza que parece necesaria en él. Pues si bien su texto manifiesta una postura filosófica, pudiera pensarse que tal abordaje tendría como mínimo la tentación de caer en un tinte idílico, por lo mismo que los que vivencian el amor casi siempre están sesgados por conceptos dulces y sublimes. Al menos esto se le abona al autor.

Las palabras de san Agustín y santo Tomás de Aquino desmienten las gravísimas acusaciones del pensador francés. El hiponense afirma en *Del bien del matrimonio*:

Lo que es, pues, el alimento para la conservación del cuerpo, es el matrimonio para la conservación de la especie. Y el cumplimiento de estos dos deberes no se da sin un cierto deleite carnal, el cual, ordenado y

moderado por el freno de la templanza y reducido a sus naturales límites, no tiene ciertamente nada de condenable ni de libidinoso. Lo que son, pues, los manjares prohibidos respecto de la conservación de la vida, lo son el adulterio y la fornicación respecto de la procreación (XVI, 18).

Por otro lado, basta con revisar someramente la *Suma de Teología*, para corroborar que la templanza como virtud en santo Tomás de Aquino de ninguna manera se opone al disfrute de los placeres, también sexuales, que se encuentran dentro del orden natural y son conformes a la razón, hasta el punto de indicar que la insensibilidad es un pecado:

Es vicioso todo aquello que se opone al orden natural. Pero es la propia naturaleza la que puso el placer en las operaciones necesarias para la vida humana. Por ello, el orden natural exige que el hombre disfrute de estos placeres en la medida en que son necesarios para su bienestar, sea en orden a la conservación del individuo o de la especie. Por ello, si alguien rechazara el placer hasta el extremo de desechar lo necesario para la conservación de la naturaleza, pecaría por cuanto que se opondría, de algún modo, al orden natural. Ahora bien: en esto consiste el pecado de insensibilidad (S.T q. 142 art. 1).

Aquí, el aquinate sigue a su maestro Aristóteles en la *Ética Nicomáquea*: “Personas deficientes respecto de los placeres difícilmente existen; por eso, tales personas ni siquiera tienen nombre, pero llamémoslas insensibles” (II, 7. 1107b 8-9) y más adelante:

Personas que se quedan atrás respecto de los placeres y se complacen en ellos menos de lo debido, apenas existen, porque tal insensibilidad no es humana; pues incluso los animales distinguen los alimentos, y se complacen en unos y no en otros. Así, si para alguien no hubiera nada agradable y ni diferencia alguna entre una cosa u otra, estaría lejos de ser un hombre. Tal persona no tiene nombre, porque difícilmente existe (III, 11. 1119a5-11).

Concurre Marion, extrañamente, con posturas de Aristóteles, san Agustín y santo Tomás en este aparte:

Porque renunciar, aunque sólo fuera a la posibilidad de que me amen, funcionaría en mí como una castración trascendental y me rebajaría al rango de una inteligencia artificial, un calculador maquínico o un demonio; en una palabra, algo verdaderamente más bajo que el animal, que todavía puede imitar al amor, al menos para nosotros (“El fenómeno” 30).

El amor a Dios, por ejemplo, como uno de los tantos depositarios de este sentimiento posible. Por esto último es necesario ahondar en la expresión de “Fenómeno saturado”, planteada también por Jean-Luc Marion entre otros autores. Pues es fundamental comprender y considerar el amor a Dios. Él se constituye en otro depositario del amor, de un amor que se expresa sin preconcepciones. Ese amor a Dios es difícil de comparar con el amor entre semejantes y “el fenómeno saturado” viene a proponerlo. En *Profundidad y cultura*, Arboleda Mora retoma de Marion, *Dieusansl'etre* (198), y comenta: “El amor se da y se da sin condiciones” (*Id.* 197). Para continuar señalando: “Ya no se trata de pensar a Dios desde la conceptualidad humana, sino desde el donarse” (*Id.* 163). Entiéndase aquí *El fenómeno saturado* como el amor de Dios. Hábito inicial de creador a creatura que no espera reciprocidad más que se done en amor a sus semejantes.

En *Siendo dado*, Marion caracteriza el término fenómeno saturado así: “El fenómeno saturado se describirá así como no-mentable según la cantidad, insoportable según la cualidad, absoluto según la relación, admirable según la modalidad (330).

En los intentos por pensar el amor, se insiste en este ejercicio académico en acudir a los orígenes y apreciaciones sobre el término amar y sus acepciones.

Por ejemplo, Bornkamm, en su libro *Pablo de Tarso*, afirma: “Con las palabras amar (Atapan) y amor (ágape), el judaísmo helenista de la diáspora se ha apropiado de unos vocablos, si no totalmente desconocidos, sí al menos insignificantes dentro del vocabulario griego, que no se pueden comparar con palabras nobles como *eros* o *philía* (amistad)” (277). Este autor también indagaba por los orígenes y etimología del amor como se observará en otros autores que tratan de abordar dicho concepto.

Jean-Luc Marion, por su parte, no da una mirada mística al amor en su obra *El fenómeno erótico*, solo menciona al final de su texto que Dios es el mejor de los amantes (254). Lo hace con fuerza suma, con total exaltación, aunque reducido en palabras y solo en el ocaso de sus páginas.

Una crítica posible a Marion sería la de dejar el tema del amor a Dios para el final de su libro. Al respecto, el mismo Marion admite en el texto *Ver desde el punto de vista de Dios* (traducido por el Dr. Carlos Enrique Restrepo) que, como se hace en esta trabajo de grado es una objeción recurrente, la escasez de palabras sobre Dios en su libro *El fenómeno erótico*: “La única objeción real que se le hizo a mi libro *El Fenómeno erótico* fue sobre las últimas cinco páginas, cuando digo que solo hay una manera de amar y que la compartimos con Dios”<sup>1</sup>.

Hernando Uribe Carvajal también se refiere al respecto en artículo que publicara el Periódico El Colombiano en su edición del 24 de febrero de 2009 y que tituló “*Todo me voy consumiendo*” y en el que cita a Marion así:

Después de 254 páginas termina así: “Dios nos precede y nos trasciende... nos ama infinitamente mejor de lo que nosotros amamos y lo amamos. Dios nos sobrepasa en calidad de mejor amante”. ¿Qué hubiera pasado si hubiera comenzado por donde terminó...? ¿Qué le hubiera pasado a *El Fenómeno erótico* si en vez de Descartes y Lacan hubiera tenido como trasfondo a San Juan de la Cruz? Agonizaría con su verso: “Con llama que consume y no da pena” (Periódico El Colombiano – Feb 2009, p. 4a.).

Queda de esta manera sustentada esta apreciación en la que se hace referencia a que Marion poco menciona el amor de Dios y alude a él solo al final del libro. Lo admite Marion, coincide Uribe Carvajal y lo señalamos en este trabajo de grado de Maestría. De esta manera queda constatado este hecho.

---

<sup>1</sup>Marion, Jean-Luc. *Ver desde el punto de vista de Dios*, traducido por Carlos Enrique Restrepo, Instituto de Filosofía Universidad de Antioquia, publicado originalmente en *Faith and Leadership*, Duke University, EE.UU, 25 de mayo de 2010.

Retornando a san Agustín, habrá de notarse la continua alusión a Dios con supremacía, por lo que se hace pertinente citarlo:

Se dice que a los que aman a Dios todo se ordena a su bien; y, por otra parte nadie duda que el sumo bien o el bien más excelente, debe ser amado de tal modo que supere a todo otro amor, y que este es el sentido de estas palabras: con toda el alma, con todo el corazón y con todo el espíritu (*De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos XI, 18*)<sup>2</sup>.

Sentencia más severa es la que aparece a continuación: “Sólo Dios merece nuestro amor; todo lo demás, todo lo sensible, al contrario, es digno de desprecio y de que nos sirvamos únicamente de ello en la medida de las necesidades de la vida” (*Id.* 307). No menosprecia todo aquello amable en el mundo, pero deja en claro la prioridad. Aparece con desdén la expresión “Todo lo sensible” como en acto indiferente a lo que para Marion es esencial, la percepción, la carne, lo material que permite reconocimiento en el otro. También lo expone bellamente san Juan de la Cruz en *La noche oscura* y como lo cita especialmente el libro “*Profundidad y cultura*” de Carlos Arboleda Mora: “En la noche oscura el principiante pasa a ser aprovechado y se da la noche pasiva de los sentidos y del espíritu” (203). Arboleda se refiere al amor místico, pero permite elaborar la inquietud de si la liberación de lo sensitivo es bienvenida sólo al amor místico y no al amor entre los seres.

Johnston, en su libro *Teología Mística*, en un aparte sobre Bernardo de Claraval dice: “Bernardo era un convencido del amor, es evidente en sus homilías sobre el Cantar de los cantares, en sus tratados sobre el amor de Dios, y en todo

---

<sup>2</sup>Respecto a Agustín, escribe Marion: “La position des re-lecteurs philosophes consiste, dans le moins naïf des cas, à n’assumer les analyses de saint Augustin que comme des matériaux dignes d’un meilleur usage que le sien et comme des anticipations encore malencontreusement prises dans une gangue théologique imprécise ou trompeuse, qu’il s’agirait s’élever au concept en les neutralisant d’un athéisme au mieux ‘méthodologique’. En un mot, l’attention même des philosophes aux textes, plus exactement à *certaines extraits* des textes augustiniens, offre la meilleure prévue que saint Augustin ne procédait pas en philosophe et que le point de vue philosophique ne fut jamais le sien” (Marion 21).

aquello que escribió. [...] la razón de amar a Dios es Dios mismo, la medida del amar a Dios es amar sin medida” (74-75). Describe los estadios del crecimiento en el amor. En principio, nuestro amor por Cristo es sensible o "carnal", puesto que está dirigido a la sagrada humanidad de Jesús que vivió en este mundo. Tal amor es un don de Dios; y Bernardo es conocido por su tierno amor al Jesús de los evangelios y por su profunda devoción a la Virgen María, que expresó en el inmortal *Memorare*. Sin embargo, uno debe ir más allá del amor sensible, dice: “[...] porque es carnal comparado con el otro amor que no está tan relacionado con el verbo hecho carne como con el verbo como sabiduría, el verbo como verdad, el verbo como santidad” (*Ibíd.*). Este amor conduce al éxtasis, al matrimonio espiritual con el verbo, a la unión con Dios, porque quien está unido con el Señor es con él un solo espíritu (*Ibíd.*). Como Orígenes, Bernardo sigue *El Cantar de los cantares* cuando habla del abrazo, del beso, del éxtasis y del matrimonio. Y de nuevo, como Orígenes, advierte duramente al lector contra el peligro del erotismo: “[...] pon cuidado en acercarte con oídos castos a este discurso de amor; y cuando pienses en estos dos amantes, recuerda siempre que no es en un hombre y en una mujer en lo que se debe pensar, sino en el verbo de Dios y en el alma” (*Ibíd.*).

Sobre el amor se pronuncia el teólogo Pikaza, en su obra *Palabra de amor*, argumenta que Dios nos ha llamado, Dios nos quiere de manera apasionada y es preciso que guardemos vigilante y encendido el fuego de amor que nos regala (34). Como muchos otros también es coincidente en relacionar a Dios con el amor como principio de cualquier expresión en los hombres. Ya en su célebre *Fedro*, Platón se ocupaba de esta relación, al confrontar la perspectiva socrática sobre el amor con la instrumentalización de la tendencia erótica, por parte del sofista Lisias. Según Sócrates, Estesícoro, hijo de Eufemo, afirmaba:

Que no es cierto el relato, si alguien afirma que estando presente un amante, es a quien no ama, a quien hay que conceder favores, por el hecho de que uno está loco y cuerdo el otro. Porque si fuera algo tan simple afirmar que la demencia es un mal, tal afirmación estaría bien. Pero resulta que, a través de esa demencia, que por cierto es un don que los dioses otorgan, nos llegan grandes bienes (244a).



Al respecto, vale la pena anotar que las ideas de un filósofo como Platón, no son material de arqueología que solo tiene valor para trabajos de carácter historiográfico. Un diálogo como *Fedro* habla de experiencias humanas que son comunes a todo tiempo y lugar. Sobre el estudio platónico de la cuestión del amor<sup>3</sup>Pieper hace el siguiente comentario que sin duda, fundamenta y justifica mucho más la valoración de los aportes platónicos en este trabajo de grado:

Es importante, no obstante, que merece la pena ensayar una interpretación del *Fedro*. Al descifrarlo daremos con tantos descubrimientos, tantas respuestas y esclarecimiento de la realidad humana, que ello nos compensará por haber escuchado con atención. Y en conjunto merece siempre la pena, o si se quiere, es necesario, escuchar siempre a Platón, no exclusivamente a fin de aprender algo sobre Platón mismo, sino, ante todo, para aprender algo sobre algunas cuestiones fundamentales de la existencia que él, Platón, ve y que intenta expresar e interpretar; y frente a las cuales, nosotros, nos encontramos siempre necesitados de consejo y esclarecimiento (“Entusiasmo” 12-13).

Lo contenido en *El Fenómeno Erótico* de Jean-Luc Marion, y lo destacado en este trabajo de grado, invita a cuestionarse sobre: ¿cómo piensa el hombre moderno el amor?, más aún ¿piensa alguien el amor?, ¿vale la pena pensarlo? Por otro lado, sobre el amor a sí el autor es categórico en su afirmación que descalifica cualquier posibilidad de tener amor propio. Cuando sustentado en una postura física y espacial descarta de facto esta posibilidad. Posibilidad verificable y vivencial para el autor de este trabajo de grado, entendiendo que el amor así es experimental y en él cabe hacer reflexiones y consideraciones que lo justifican. Sus postulados quedan abiertos a la discusión, sus fundamentos son amplios y apegados a su metodología y exposición.

A priori, se puede afirmar que la acción de amar supone una experiencia fácil y expedita. No obstante, por medio de un completo desglose, Marion demuestra que llamar a la razón a este concurso, complica un poco más este bello acto. Por ejemplo, ha de preguntarse: ¿puedo amar ciegamente? o por el contrario

---

<sup>3</sup>Lejos de Schopenhauer, Pieper le da este valor al estudio platónico del amor, y con él otros tantos como Wilamowitz, Hildebrandt, Schleiermacher y una gran tradición de estudiosos de la antigüedad.

¿amo lo que he esperado ver en otro y por fin lo encontré? En el amor cada uno da lo que no posee y recibe lo que quiere ver. También vale la pena preguntarse por el papel de la carne y el goce. ¿Qué tan perenne es el amor sin la carne y el goce? Se materializa en el cuerpo del otro, previo descubrimiento de lo que me une a este otro en el cruce de las carnes. Se dice, por ejemplo, que el otro me entrega mi carne y yo le entrego su carne. La seguridad inspirada por el otro como elemento que explica el querer amar es otro aspecto que Marion y este trabajo de grado exponen. Se pregunta Marion: ¿puedo entonces renunciar a la seguridad que el otro me otorga cuando le amo y aun así seguir siendo amante?

En *Ver desde el punto de vista de Dios*, se encuentra la siguiente aseveración hecha por Marion, una vez interrogado sobre: ¿Cómo afecta su obra sobre el amor, el modo en que los cristianos viven sus vidas? A lo cual responde:

Siempre me inquietó el hecho de que los cristianos digan repetidamente: "Dios nos ama, debemos amarnos los unos a los otros". Pero lo cierto es que tenemos un discurso muy pobre sobre lo que es el amor. Me impresionó mucho que, en realidad, no se planteara esta cuestión, no se le daba una respuesta consistente.

Intenté reconstruir la lógica del amor. El amor no es una sensación o un sentimiento: el amor es una lógica. Tenemos la lógica de la economía, del poder, de la guerra o del ajedrez. En todos estos casos, hay posibilidades y reglas. Así también en el caso del amor. Tales reglas están muy bien establecidas, y si no las siguiéramos sería un verdadero desastre (Texto traducido por Carlos Enrique Restrepo).

El anterior planteamiento determina una total coincidencia con nuestra postura en el sentido de la necesidad de pensar el amor antes de vivenciarlo sensorialmente o por el instinto sublime donado por Dios. Detenerse a explicar el amor, sus posibilidades, sus actantes y sus escenarios, entre otras circunstancias, es imperante al amante y al amado.

Pieper invita a superar las confusiones sobre el amor y a pensarlo con seriedad, incluso en medio de su "frivolización", y precisamente para responder a ella:

Hay razones más que suficientes que le sugieren a uno no ocuparse del tema del “amor”. A fin de cuentas, basta con ir pasando las hojas de una revista ilustrada, mientras nos llega el turno en la peluquería, para que le vengan a uno ganas de no volver a poner en sus labios la palabra “amor” ni siquiera en un futuro lejano. Pero también nos da miedo esa otra actitud que, en el extremo opuesto, se goza de provocar malentendidos al hacer que la realidad del amor, transportada al terreno de lo irreal y fantasmagórico, se evapore y no deje de sí misma otra cosa que la pura “renunciación”. En definitiva, pertenecen aquellas aprensiones al capítulo de los gustos y a la forma de encajar ciertas impresiones. Y hasta que no se superan esas reservas, no descubre uno la auténtica dificultad del asunto: es un tema verdaderamente inconmensurable. Pero, ¿puede decirse que se trata realmente de un tema? ¿No responde más bien la palabra “amor” a todo un conjunto de significaciones que, con apuros, pueden reducirse a un común denominador, como una palabra que cabalga su sentido sobre muchas islas flotantes y dispersas sin la más mínima comunicación entre sí? ¿Tienen algo que ver con esa “virtud teologal de la caridad”, que en los catecismos suele ponerse después de la fe y de la esperanza, todos esos productos de la industria de la frivolidad que se dicen “amor”, o lo que en el famoso ensayo de Stendhal se designan como amor físico? ¿Y qué tienen que ver con todo eso las ideas que Platón desarrolla en su *Symposium*? ¿No es acaso algo radicalmente distinto? Pero, aparte de esos extremos, nosotros mismos hablamos del amor al vino, del amor a la naturaleza o a la música. ¿Y no hay un abismo entre todo eso y la palabra de la Biblia, en la que se dice que Dios mismo es amor? (“Las virtudes” 417-418).

El amor ha sido situado en el abandono, “junto a lo reprimido, lo no dicho y lo inconfesable”. Así las cosas, “el recién llegado” (término al que acude Marion para definir a los que aman sin saber lo que quiere decir el amor, ni lo que este exige, ni cómo sobrevivir a él) (“El fenómeno” 7) vive el amor como instinto insondable solo dado en la práctica. Ya se ha dicho cómo el amor no se dice, no se celebra y mucho peor, no se piensa. “La filosofía se calla. Y, en ese silencio, el amor desaparece” (*Id.* 8). No hay un concepto del amor, o mejor su concepto se fue perdiendo y frente a su ausencia habrá que pensarlo para formularlo. Seguramente, su libro *El fenómeno erótico* es una oportunidad del autor por hacer un desglose de los elementos que interactúan en el amor. De esa manera lo piensa y luego lo formula. Cualquier otra disciplina es bienvenida a sondear y llevar a su condición protagónica al amor. Se podría pensar que dado que la filosofía es aprecio al conocimiento, tal atrevimiento debiera ser para ella, sobre todo el conocimiento de sí. El personalismo —por ejemplo- invita a conocerse,

amarse y luego donarse. Al recién llegado, el amor no hay ni que enseñarlo, es solo cuestionar en él el amor y sus estribaciones. El recién llegado perderá rápidamente su nombre para mutar al de amante y amable.

## **2.1 El ser que piensa el amor**

Para ahondar en el ser que debe pensar el amor, recordemos la ya citada frase de Marion: “[...] somos en tanto a que nos descubrimos siempre ya presos en la tonalidad de una disposición erótica-amor u odio” (“El fenómeno” 13).

Esto pone de manifiesto que no hay una neutralidad erótica, pero más importante aún, anuncia que el ser es en tanto que se descubre. Ese descubrirse puede implicar el razonar, verse y luego pensar. Verse implica entonces un proceso de pensamiento que anuncia que me descubrí distinto. Si me descubro amado puede que entonces esté dando mis primeros pasos en la racionalidad del amor. Buscar el amado será el complemento de ese amor. Pero no en falta como lo cita la Psicología. No solo es complemento que me colma individualmente, es complemento para jurar, eternizar erotizados y hasta pensar en el tercero que puede llegar.

“El hombre ama lo que distingue además de todos los otros seres finitos excepto los ángeles” (Marion “El fenómeno” 14). El hombre no está definido por el logos sino por lo que ama u odia. Es que el amor como fin único determina al hombre, es el ejercicio que lo reconoce reconociendo al otro. En cuanto a los animales y las computadoras ha de decirse que piensan, pero no que aman. Entonces sugiere Marion que teniendo todo para verificar el amor, el hombre se niega a hacerlo, esa verificación está dada desde luego con la razón. El ser debe pensar el amor para amar bien. El ser ya piensa, pero el mundo decidió no pensar en el amor. La mera sensualidad no verifica el amor. El amor, consideramos, deber ser verificado por la razón. Cuando occidente ha dicho que ama con el corazón, limita este bello acto, impidiendo el examen que debe hacer la razón, y así ratifica al ser como amante – amable.

Todos los hombres tienen un deseo por conocer, es preferible a ignorar, conocer es en sí un placer, asevera Marion. Se goza del conocimiento. Dudar de la certeza ha de ser una actitud a considerar, dudar siempre dudar. En cuanto al ser y al pensarme debo admitir esa certeza que normalmente me confiero. Si el individuo no se ha pensado, ¿Cómo pedirle entonces que piense en el amor? Pareciera que esto planteara Marion cuando sugiere que no se ha pensado lo suficiente el amor. Más la cuestión de ¿soy al pensar? para Marion cobra importancia al plantearse ¿me aman desde otro lugar? En la reducción erótica no soy el ente que se finge ser por el pensamiento, sino que soy allí donde me encuentro, allí donde me afecta otro lugar posible, soy un allí donde se pueda amarme o no amarme. La cuestión del autor de estudio no es ser o no ser, si no ¿me aman o no? No se depende del ser que me recibe sino de un posible amor con el que me recibe. Si me aman, soy un referente para el amante lo que me constituye como ser, es el amor, el saberme amado desde una allá o el saber que puedo amar desde un aquí. El amor dignifica y constituye al ser. “El amor es el órgano con que percibimos la inconfundible individualidad de los seres” (Gómez Dávila “Escolios” 18 Tomo I)

## **2.2 El papel de la razón en el amor**

Insistiendo en pensar el amor, se confronta aquí el tema de la razón. “Al amar sin reciprocidad, el amante ama sin razón y no puede dar razón de lo que hace” (Marion “El fenómeno”95). Como aclara Marion más adelante, no es que el amante tenga la imposibilidad de encontrar la razón, sino que la razón y el amor transitan sendas distintas... “El amor carece de razón porque la razón se sustrae de él, como un suelo que se sustrae bajo los pasos. El amor carece de razón como falta el aire a medida que se asciende en la montaña. El amor no rechaza la razón sino que la misma razón se niega a ir donde va el amante” (*Id.* 96).

Entonces parece que Marion fijara aquí un motivo por el cual el amor solo se debiera pensar en reposo, cuando el ser está lejos de la obsesión

enquecedora que es el amor. No hace falta la presencia del amante o el amable para pensar el amor. Se puede pensar el amor aún sin haberlo vivenciado. Contrario a Marion se ve la posibilidad de que amante puede *in situ* detenerse y pensar en el amor. Reflexionar, discernir. El amor es sujeto de examen aun mientras se practica.

Pareciera insistir Marion en el hecho de que prepararse para el amor y el amar será un momento previo que no *in situ*. Una vez amante, se tiene ya la intuición de amor que además es enquecedora porque solo depende del amante, que hace el amor primero y que, dada su prioridad e inmediatez, cierra el horizonte volviéndolo más sensual, lo que lo hace perder perspectiva para pensar el amor. La sensualidad y el instinto carnal asfixian la capacidad de razonar. Sin duda es urgente en Marion el hecho de pensar el amor. Pero ¿pensarlo lo suficiente como para qué? Para amar o no, pero adquirir una noción suficiente de la entrega y reciprocidad, de lo exclusivo y lo eterno, del complemento (no ego) sino creador.

El ser que piensa el amor garantiza un conocimiento pleno de sí. Pensar el amor no es solo pensar en otro, incluso es primero pensar en sí. ¿Qué amo? ¿Qué necesito? ¿De qué dependo? Conociendo el amor, el ser distinguirá las falsas manifestaciones de amor, dissociando amor y amistad. Verá el amor más cercano al acto de compasión, caridad y entrega que al acto carnal o de utilitarismo. El ser puede pensar en el amor mientras vive. No hay momento reservado para él. Está en su día a día. No puede no estar porque siempre está en relación y por estarlo, se obliga a pensar en eso que lo aboca al otro. En el ser que piensa el amor, se hará el discernimiento sobre la reciprocidad, sobre la recompensa y disfrute del amor.

### 3. SE AMA, SE QUIERE O SE APEGA. ¿AMANTE O AMABLE?

Para situar el sentimiento que se sufre o vivencia ha de conocerse ese sentimiento antes que nada, saber de qué se trata, cómo se produjo, desde cuándo está en mí, qué placer o aflicción me genera. Los sentimientos no se pueden confundir entre sí, ni mal interpretar. Se exige entonces de la racionalidad un primer concurso que determine ¿qué es qué? En el aspecto afectivo se observan cualquier cantidad de sentimientos: hacia los amigos, hacia los hijos, al vecino que no es amigo, hacia los padres que ni vecinos ni amigos, hacia el prójimo que puede ser ajeno, pero que como semejante aprecio y quiero... en fin. En este capítulo revisaremos las sentencias de Jean-Luc Marion al respecto, advirtiendo de paso que no hay un concepto de amor, aclarando que cualquier variante o desglose está hecho solo por la manipulación a que lo afectivo somete el término. Lo dice en la primera parte del texto el autor. ¿Amor? Suena como la palabra más prostituida, la palabra a la que se acude para designar de manera indiscriminada cualquier sentimiento, para ello se desnaturaliza y prostituye el término.

En todos los modos de relación cabe la traición y la infidelidad, aunque pareciera que la demanda fuera mayor en tanto de amantes y no de amigos. La tragedia del engaño y la mentira es más fuerte entre amantes, seguramente porque el juramento eterno se destaca en quienes se hacen amantes. Ya es evidente que Marion dedica más tiempo a revisar el amor de amantes que la amistad y que incluso cae en metáforas y bellas composiciones literarias que se destacan en varios pasajes. Miremos una de sus revisiones al respecto:

El tiempo de amar no dura y se juega en un instante, un fragmento, un palpitar, solo un latido del corazón, la más ínfima distancia, el *articulum*, nos separa de la eternidad. Nos amamos *in articulo vitali*, es decir, *in articulo mortis*; la

muerte no asusta al amante así como la línea de llegada no atemoriza al corredor, antes bien temería no alcanzarla lo bastante rápido (“El fenómeno”242).

Esta cita vuelve a dar relevancia a la condición de amantes y de estar enamorado muy por encima de la amistad, o diría mejor que no en el mismo escenario, por lo tanto no mayor o menor que la amistad, tampoco esta es premonición de la relación de amantes que puede o no venir. El que decide amar, ratifica la pretensión de amar. Bajo la figura del amante, el otro me reconoce como su amante, asegurándome así que puede amarme y persuadiéndome de que después de todo y después de todos los otros, incluso yo podría merecer que me amen desde otro lugar. Es decir, el otro reconoce que soy digno de ser amado (amable) y él no se pretende en otra figura distinta a la de amante (no de amigo). Es la demanda recíproca de los actores en relación de amantes. Recibirlo y darlo todo en simultaneidad constante. No intermitente. Dar todo implica la carne, la certeza y seguridad prodigada al otro, la eternidad entre otras. Como dice Marion: “Hay movimientos que me empujan hacia objetos tan diferentes como el dinero, las drogas, el sexo o el poder y sobre todo como asimiladas al movimiento que me impulsa hacia el otro (un hombre, mujer, Dios entre otros)” (“El fenómeno”249).

Los elementos mundanos no pueden amarme desde otro lugar, ellos me atraen y a ellos me apego, aunque pueda poseerlos no puedo esperar de ellos ninguna seguridad desde otro lugar. Los movimientos que me impulsan a los otros permiten la pregunta: ¿Me aman desde otro lugar? También al otro podrá apegarse quien solo tenga la perspectiva de objetivizar. Se objetiviza al otro que me da prosperidad, y así me apego. Él es un garante pero no del amor, sino de un bienestar que me proporciona o simplemente él se vuelve mi posesión.

En la amistad, se hace hincapié en que ésta es un intercambio recíproco por un tercero mundano del que gozan ambas partes, y que poseen por igual, mientras que en la relación erótica el amante renuncia a su reciprocidad y prefiere iniciar el avance. Amar sin esperar. Dice Marion:



La amistad se detiene ante el intercambio de las carnes erotizadas. Hasta deja excluido ese estadio con total conocimiento de causa: para proteger su privilegio distintivo –ejerce en el mismo momento con varios amigos- mi carne no debe recibirse de una carne en particular, a fin de no atarse ni tampoco limitarse a algún amigo en particular, la amistad no requiere la exclusividad (“El fenómeno”250).

Nótese cómo en los amigos la erotización de la carne no llega hasta el goce, o no debería llegar. La amistad se limita ante la carne. El amigo si bien solidario y empático, no ha de sentir la provocación de la carne, no instintivamente. Nos referimos a la necesidad de hacer comunión con la carne como sí es de amante a amado. Tampoco en la relación de la madre con el hijo y el padre con el hijo. La amistad y la reducción erótica sí van de la mano en la medida que pueden preguntarse ¿me aman desde otro lugar? Pero se diferencian rotundamente en cuanto al cruce de las carnes y el pasaje del goce. Hablando de amistad y reducción erótica se va concluyendo que no se trata de dos amores sino de un “amor único”, pero que se da entre amores y escenarios distintos.

No todo sentimiento que me acerque a otro es amor. Anticipándonos a las conclusiones de nuestro trabajo, pudiéramos decir que el hecho de no pensar el amor desemboca en confundir su significado. De ahí que en el primer capítulo se hicieran esfuerzos por volver a mirar y construir el concepto amor. Como amante o amable, esa es la cuestión de este capítulo tercero, y en su favor, recuérdese que la reducción erótica invita a cuestionar también y en primer lugar la pregunta ¿me aman? Seguramente mi egoísmo lleva a procurar mi seguridad, esa que viene de otro lugar, la que me confiere el amante a mí como amado. Si ante la pregunta ¿me aman? no encuentro una respuesta de certeza, entonces solo sé que soy un amado en potencia, diré que soy un amado potencial o como amable. Pero solo y por previamente estarme formulando la pregunta, ya estoy pensando el amor. No hace falta pues estar frente el amante para pensar el amor, de hecho, eso sería verificarlo, vivenciarlo. Si ante la pregunta ¿me aman? no obtengo una afirmación, puedo seguir privilegiando al acto de razonar en el amor para determinar si lo que viene de otro lugar es amor, amistad o un referente de existencia del otro. Dice Marion:

Al preguntar si me aman desde otro lugar, ya ni siquiera debo interrogarme sobre mi seguridad: entro en el reino del amor donde recibo inmediatamente el papel de quien puede amar, al que podemos amar y que cree que debemos amarlo-el amante (“El fenómeno”38).

Es decir que aún sin la seguridad de tener en frente al amante o sentirme yo amante, ya cumplo con lo fundamental que es pensar sobre el papel de amante o amable. Abordemos ahora la expresión “amistad”: esa aproximación, el contacto primero en el que los intervinientes solo tienen la condición de seres, de amantes en potencia, que no esperan nada del otro porque no lo conocen o recién lo hacen.

### **3.1 La amistad**

Un concepto a involucrar en todo este discernimiento es el de la amistad; al respecto Marion sugiere que ella no requiere de exclusividad; por lo tanto a diferencia del amor y la reducción erótica ante la pregunta ¿me aman desde otro lugar? es posible que el amigo se responda afirmativamente, mas en un momento dado rechaza la certeza de las carnes protegiendo así su elemento distintivo, cual es que la amistad no ata ni limita a algún amigo en particular.

Confirma la teoría de Marion el planteamiento que hace Xabier Pikaza, exponiendo que el erotismo no admite más de dos actores, lo que sí la amistad:

Un enamoramiento “a tres” resulta a mi entender absurdo, al menos a la larga. En la amistad es diferente: puede darse la amistad a dos; pero ella misma implica desde dentro una apertura; tiende a comunicarse, a crear ámbitos más amplios de confianza y convivencia (180).

El amor tiene entonces como elementos diferenciadores sobre la amistad, la exclusividad del otro, la erotización de la carne y el goce. Se aclara en *El fenómeno erótico* que también en la amistad puedo recibir mi carne del amigo, solo que esta erotización de la carne no llega hasta el goce. La carne puede

dejarse erotizar sin tener contacto. En un intento parecido por diferenciar amor filial de amor erótico Pikaza escribe:

Muchos piensan que la amistad es un peldaño inferior, una especie de amor más bajo, que en el caso hombre mujer tiende hacia la plenitud del enamoramiento. Así ocurre algunas veces, pero no de una manera necesaria. Esto quiero repetirlo con toda mi energía, -consciente del embrujo de lo sexual, soy admirador del poder del enamoramiento, pero estoy igualmente seguro de que la amistad tiene un valor en cuanto tal, sin necesidad de convertirse en otra cosa (180).

De manera, pues, que no es el amor erótico acto seguido a la amistad, lo que confirma en Pikaza que se habla de dos condiciones distintas.

El deseo y el juramento, el abandono y la promesa, el goce y la suspensión, los celos y la mentira, el hijo y la muerte escapan a la racionalidad del mundo, pero tal vez dependan de una racionalidad más grande, una racionalidad que viene del amor mismo. El amor viene de una racionalidad erótica. La racionalidad erótica es más exigente, no es la cotidianidad erótica del hombre moderno.

La pregunta medular es si hay varios tipos de amor o uno solo con distintas dimensiones. Esta última posibilidad pudiera ser probada cuando se piensa la amistad como expresión del amor y a los amantes y amados en una relación exclusiva que supone fidelidad y exclusividad. Para diferenciar se hace necesario ver en la amistad, lo que no tiene la relación erótica. Es decir, el juramento eterno, la fidelidad, la carne, el tercero que pudiera llegar ni el propósito mutuo de los amigos dado que uno de ellos puede dar una dimensión a la amistad distinta del otro. El amor supone que aunque la demanda de amante y amable no sea igual, al menos tenga el mismo fin de amarse eternamente y exclusivamente.

San Agustín habla del amor a Dios, como Marion alude también al creador en la parte final de su obra *El fenómeno erótico*. Ambos sitúan a Dios como el amor supremo y como el principio del amor, más aún, el amor mismo. Más como es enfático el texto de Marion en dedicar más páginas al amor del ser y para el ser

que al amor divino, tóme en cuenta esta otra acotación de san Agustín que sitúa el concepto de amor en los seres: “Pero sea de esto lo que fuere, lo cierto es que nadie se forje ilusiones de poder llegar a la felicidad, ni a Dios, objeto de sus amores, si desprecia a su prójimo” (*De las costumbres de la Iglesia Católica* I, 26,51). Sin duda, esta sentencia de san Agustín hace volver la mirada al prójimo, al amor entre los hombres en simultaneidad con el amor a Dios dado que lo uno sin lo otro no es posible.

Hasta el límite de *El Fenómeno Erótico*, Jean-Luc Marion usa un lenguaje que define a hombres que aman (amante o amado), pero en su parte final cita el amor a lo divino, a Dios. Dice: “Dios nos precede y nos trasciende, pero primero y sobre todo en cuanto a que nos ama infinitamente mayor de lo que nosotros amamos y lo amamos. Dios nos sobrepasa en calidad de mejor amante” (“El fenómeno” 254). ¿Será esta otra dimensión del amor? O desde una mirada mística como la de san Juan de la Cruz ¿sería Dios el amado, único amado? Un espectro más o no del amor, lo cierto es que pocas líneas sugieren el amor a otros, como se ha advertido, el amor a lo divino.

En el texto *El Fenómeno Erótico*, su autor, haciendo presuntamente su antesala para un texto que se dedicará a hablar de amor meramente al creador, deja en suspenso al lector sobre este otro aspecto vivencial en el ser, cual es el amor a Dios, a su dios, al creador amoroso.

### **3.2 La amistad y no el amor**

¿Por qué no ser buenos amigos? ¿Cuándo surge entonces el amante? El amante y no el amigo surgen cuando se suspende la reciprocidad. Sin condición previa, ama sin ser amado. Pero atención que Marion dice que cuando el amante ama sin reservas, también está amando sin razón. “El amante hace aparecer a aquel o aquella a quien ama, no a la inversa” (“El fenómeno”97), es decir lo hace amable (visible candidato a ser amado). Amar a otro te constituye como amante por el hecho de amar.

Por otro lado, y desafiando el esquema popular, es necesario entender el siguiente planteamiento sobre la reciprocidad y los roles de amante, amado y amable.

Ante el caso de que:

[...] uno de los dos ya no ame, o incluso que nunca haya amado, ¿Quién diremos que es el menos desdichado de los dos? Es preciso hacer una distinción. En la actualidad natural, el menos desdichado parece es el que ama menos o el que ha dejado de amar más pronto... mientras que en la reducción erótica, es menos desdichado el que ama más. No lo ha perdido todo porque todavía ama (Marion, "El fenómeno" 114).

Es que amar es ganancia para el ser, al menos amó, eso lo hizo ser.

Con esta última aseveración queda claro en Marion la intensidad con la que el verbo amar aparece, muy por encima de otro tipo de sentimiento o modo de relación que pudiere ser utilitarista, interesado o aun desinteresado, pero sin el fulgor del amante que se quiere eternizar a toda costa. Es decir, modos de relación o convivencia práctica sin presencia del amor, solo relaciones por conveniencia. Para considerar más elementos sobre el acto de amar y no sólo de querer o meramente apreciar, Marion anota en su obra: "¿Cuándo surge entonces el amante? Precisamente cuando en el encuentro llego a suspender la reciprocidad, no hago más economía, me comprometo sin garantía ni seguridad" ("El fenómeno" 95).

Mas para dimensionar la grandiosidad del amor muy por encima del querer, el autor señala: "El amante hace visible lo que ama y sin ese amor no se le mostraría nada. Por lo tanto, estrictamente hablando, el amante no conoce lo que ama, si no en tanto que lo ama" ("El fenómeno" 105). El amante se confirma desde el primer momento en que decide amar, esto sin que esperemos el retorno y la reciprocidad. El acto de amar constituye al amado, lo reconoce, exalta y muestra. En palabras de Nicolás Gómez Dávila: "Las perfecciones de quien amamos no son

ficciones del amor. Amar es, al contrario, el privilegio de advertir una perfección invisible a otros ojos” (“Escolios” 29 Tomo I).

Y recurramos nuevamente a Pieper:

Por lo que se ve, no nos basta con existir simplemente, lo que interesa es la confirmación en el ser: “es *bueno* que tú existas; ¡qué maravilla el que estés aquí!”. Con estas palabras: lo que necesitamos, además de existir, es ser amados por otra persona. Un fenómeno sorprendente, si se para uno a reflexionar. El haber sido creado por Dios parece ahora que de verdad no basta; se precisa la continuación, la consumación...por la fuerza creadora del amor humano [...] Realmente, en el amor se sigue produciendo esa acción creativa divina y se la lleva a su consumación, hasta tal punto que sólo así se comprende el que una persona que analice conscientemente el amor puede decir: “Te necesito para ser yo mismo...Amándome me haces poseerme a mí mismo: tú me haces ser” (“Las virtudes” 448).

Cuando se dice sí al amor, se recae en una actitud libre –según Marion- pues no se hace por coerción, únicamente siguiendo y atendiendo mi puro deseo. “Cuando me enamoro sé por mi cuenta y riesgo lo que siento y lo que me afecta - vale decir, que me destino al otro, sea que me corresponda o no” (“El fenómeno” 111).

Al leer lo anterior queda claro el sentimiento del amor distinto al de la amistad que estribaría en el esperar menos reciprocidad. El ser se inquieta por amar y da por sentado que la amistad está a la vuelta de la esquina. En esto, el amor es exigente y supone del amado unas calidades determinadas que no tanto del amigo. Amar y ser amante conlleva unas significaciones como son el deseo, la espera, el sufrimiento, la felicidad, los celos, el odio, entre otros. Habrá entonces de observarse que estos ingredientes no son todos imprescindibles ni posibles en la amistad, salvo la felicidad, los celos y el odio. Amar conlleva también a unas renunciaciones y excesos que suelen ser inalcanzables por quien solo se apega o quiere (amistad). La necesidad, mi necesidad de ser amante es suma, frente a la necesidad que arguye el que está en apego. Este apela a la costumbre, a una seguridad de orden práctico y cotidiano que no tanto emocional, porque el destinatario de su apego solo le proporciona una reciprocidad creada por él

mismo, no fundada en aspectos ciertos. El que busca amistarse, aunque reconozca a sus seres relacionados como elementos ontológicos, no espera dar al amigo su carne ni recibir de él la suya. Mucho menos la exclusividad.

### 3.3 El apego y no el amor

Para sopesar la fuerte connotación de apego al ser inserto a su vez en la cultura, citemos a Hernando Uribe Carvajal:

La cultura o pluri-relación con frecuencia no es de amor sino de apegos. Apego es negación de amor. Si observamos con atención descubrimos que el ser humano es un ser de apegos. Vivimos llenos de apegos. Apegarse es recoger, acaparar, retener personas y cosas. Lo contrario del amor. Por amor salimos de nosotros mismos, nos damos, construimos comunión con nosotros mismos, con los demás, con el cosmos y con Dios (2010 34).

Suficiente información entrega aquí este investigador para diferenciar la actitud del apego de actos verdaderamente humanos como el del amor al prójimo. Sentir la necesidad del otro no indica propiamente que se aluda al amor. El amante tiene su propio deseo y de nadie más, pero cualquier individuo está al vaivén del deseo desde las necesidades naturales y fisiológicas. De modo que la carne que se excita no solo garantiza dos seres enamorados, más sí, solo exaltados en su carne. Necesitar del otro no es en sí una muestra de amor; la relación deber ser amorosa, pero conviene aclarar que hay varias dimensiones de amor. El apego desvaloriza al individuo amante. Este no ama. Se atiene, usufructúa al otro. Vive por lo que el otro le prodiga, se hace costumbre. El apegado no valora desde el sentimiento, valora desde la supervivencia. En el otro ve su supervivencia y se nutre, pero poco se entrega al otro. “Más que al hombre la mujer ama a sus caricias. Toda mujer utiliza al hombre” (Gómez Dávila, “Notas” 294).

Para ilustrar esta caracterización del apego recurramos a Proust, quien en *La Prisionera* relata:

Cada día me parecía menos bonita. Sólo el deseo que suscitaba en los demás la izaba a mis ojos en un alto pavés cuando, al enterarme, comenzaba a sufrir de nuevo y quería disputársela. Y sólo por el sufrimiento subsistía mi fastidioso apego. Tan pronto como desaparecía, y con ella la necesidad de calmar aquel sufrimiento, que requería toda mi atención como una distracción atroz, sentía que no era nada para mí, como nada debía de ser yo para ella (28).

El amante enfrentado al concepto de amigo sugiere además que el primero se embarga de eternidad. Su juramento no concibe el término ni es perentorio, siente que ama para siempre y si bien en la amistad tampoco se piensa en límites de temporalidad no es primordial ni común que el amigo se sobrecoja y se sienta eterno en su ejercicio. Los amigos van y vienen, se asoman y esconden, mas la demanda de esencialidad del amante es evidente. Él, afanosamente, necesita a su amado para celebrar el amor. No para consumirlo y despojarlo de su ser.



## 4. MALFORMACIÓN DEL EROTISMO

Actualmente, muchas culturas insisten en mal llamar a los ambientes del desenfreno, la seducción y el exceso como erotismo. El uso del idioma español parece que lo fue relegando a un único significado, una única y mal formada interpretación.

La Encíclica Papal *Deus caritas est* expone: “Digamos de ante mano que el Antiguo testamento griego usa solo dos veces la palabra *Eros*; mientras que el Nuevo testamento nunca la emplea” (Benedicto XVI *Deus caritas est*10). Esta breve cita ayuda a rastrear la degradación del erotismo incluso desde su etimología y origen.

Ni qué decir de su connotación social actual. Pensar en el erotismo como símil del amor significa, aunque cueste trabajo, que estamos hablando de lo mismo. Amor y pasión se han confundido, y los prejuicios conllevan a mal ver el erotismo. Supóngase entonces que se hablara de amor, y no de erotismo, y así llegáramos al mismo fin: la filialidad, la relación con el otro, el bien para el otro y el reconocimiento de ese prójimo.

*Eros* y *Ágape* significan dos tendencias radicadas en el amor. *Eros* según el mito platónico es hijo de la pobreza y de la necesidad, y mueve al hombre a buscar lo que le falta, a satisfacer sus deseos, su hambre e inquietud. Lo erótico se considera como un impulso interesado, que perjudica la pureza del espíritu.

Erotismo no es igual a sexualidad, aunque asumir esta última signifique materialización cuando de reducción erótica se trata, entre seres que se reconocen físicamente desde el cruce de sus carnes que se gozan. El goce como tal, se ha desvirtuado; es decir, la racionalidad ubicará el goce en el escenario del amor, del juramento eterno; pues si no, bien podría decirse que la relación de

amor se presentaría en el escenario del placer por el placer, incurriendo en una reducción del fenómeno del amor como un acto hedonista y mundano. Pero el goce desde el reconocimiento del otro, la aceptación de la necesidad, que no del mero instinto y el avance sin esperar la señal recíproca, justifica un goce no pecaminoso. Un goce que desde Marion es necesario para amante y amable. El cruce de las carnes no es un concepto mal formado para él.

El pensador Nicolás Gómez Dávila, afincado en la filosofía perenne, de modo muy particular en Platón, reconoce en la sensualidad, en el verdadero amor, como placer transido de sentimiento, carne transida de espíritu, placer y amor que laten al unísono, un goce estético mayor al del mero erotismo. Se trata de ética, pero como estética de la conducta:

Mientras que el erotismo podría definirse como un placer desnudo de sentimiento; el amor es, precisamente, el placer transido de sentimiento y empapado en él.

Si logramos, por lo tanto, ante un mismo objeto de carne colocarnos en la actitud contradictoria que nos lo hace percibir, paradójicamente, como objeto sentimental propicio al placer erótico, nuestra sensibilidad encuentra, en esa fusión de atributos hostiles, una singular conmoción (“Notas” 167).

Georges Bataille en uno de sus textos, *El erotismo*, declara: “El erotismo es lo que en la conciencia del hombre pone en cuestión al ser” (2007 33). Agrega él que aunque el erotismo se exprese con lo exterior siempre deberá considerarse como uno de los aspectos de la vida interior del hombre. Así mismo, este autor hace mención del erotismo como una actividad humana que comienza donde acaba el animal. No es sucio, no es violencia, no es arrebatado el acto erótico, si bien vale decir que Bataille lo escenifica en la carne y en la sexualidad.

Los moralismos actuales, sin duda, persiguen sin tregua la palabra erotismo, sintiendo que combaten el pecado y la desproporción, pero en esencia estarían aniquilando el amor. Pues de la mala interpretación del erotismo no se escapan ni las instituciones religiosas. Algunos pregonan el cruce carnal como una

desviación. Una instancia posterior al compromiso y al juramento eterno y en eso es tajante.

Se pone de manifiesto aquí nuevamente la necesidad de limitar el *Eros* para alejarlo de la impulsividad. El *Eros* también es eternidad, es goce continuo y no fugaz, el cruce de las carnes justifica entonces la presencia de amante y amable.

Ahondando en el tema de la distorsión de lo erótico, Bataille afirma: “El erotismo cayó en el territorio de lo profano al mismo tiempo que fue objeto de una condena radical. La evolución del erotismo sigue un camino paralelo al de la impureza. La asimilación con el mal es solidaria de la falta de reconocimiento de su carácter sagrado” (“El erotismo”130). El contexto de esta mención está en los apartes de su libro que aluden a épocas medievales. No obstante, aporta a esta discusión la expresión en la que Bataille aduce sobre la evolución del erotismo camino a la impureza. Como Marion, Bataille coincide en que cada vez el amor es una palabra malgastada y a la que se acude regularmente sin la razón, de tanto que se ha perdido su significado.

Buscando una razón o argumento que explique lo anterior, pudiéramos apelar también a la poca alusión al amor en la filosofía actual, contra lo que protesta Marion. Muchas disciplinas lo dan por obvio y lo menosprecian de modo que poco o nada queda en las culturas llevando a que las personas lo vivan sin conocerlo y distinguirlo. Marion recalca que lamentablemente consideramos nuestros acontecimientos eróticos solo como accidentes incalculables y desordenados. Afirma Marion:

Somos en tanto que nos descubrimos siempre ya presos en la tonalidad de una disposición erótica –amor u odio, desdicha o felicidad, goce o sufrimiento...y que no podemos pretender nunca que alcanzamos una neutralidad erótica de fondo sin mentirnos a nosotros mismos (“El fenómeno”13).

Es decir, necesariamente somos eróticos cuando como existencia somos y luego de reconocer la necesidad de amar y ser amados como necesidad e instinto.

En Marion el ser erótico se confirma desde su existencia más que la razón y la conciencia de la necesidad de ser amado. Agrega y sanciona además el que los acontecimientos eróticos sean accidentes incalculables es decir fruto del azar, la casualidad o el deseo. Se reprocha entonces que el acontecimiento erótico no sea un destino calculado con el fin de reconocerse y celebrar el amor, sino premeditado por la perversidad del ser. Para resaltarlo, téngase en cuenta además en el autor que “El hombre se revela a sí mismo por la modalidad originaria y radical de lo erótico” (Marion “El fenómeno”<sup>14</sup>)

## 5. CONCEPTO DEL AMOR PROPIO EN JEAN-LUC MARION

### 5.1 La propuesta de Jean-Luc Marion

En occidente, uno de los elementos singulares del fin de siglo pasado fue la proliferación de conceptos que se referían al amor propio. Los individuos retornaron la mirada del ser a sí mismos de formas incluso egoístas, para recuperarlos del desamor en pareja y como para rescatar el amor en esa primera instancia que es el amor en quien lo siente primero.

Es posible mirar el recorrido que Jean-Luc Marion hace respecto al amor para sí a través de la lectura de su obra *El fenómeno erótico*. Así, el autor intenta, luego de aclarar el concepto de amor, postular lo que es el ser y su sentimiento, desglosando los intervinientes (en este caso el primero).

Para verificar la imposibilidad de un amor propio, Marion vuelve a plantearse la pregunta: ¿me aman? Para concluir que ese amor no vendría de afuera, si no de sí mismo. Al descartar “la espacialidad”, Marion sugiere que no hay amor propio dado que se supondría el amor entre “yoes”.

En el amor propio (amándose uno mismo) iría de sí mismo hasta sí mismo; el retorno a sí uniría el punto de partida con el final del trayecto. Expuesto espacialmente, el amor propio -según Marion- no existiría, dado que necesito del aquí y el allá. Así como un emisario y un destinatario. No le importa a Marion que amar sea un verbo reflexivo, es decir se podría afirmar: “Me amo”, al menos gramaticalmente. Incluso cabe decir “amarse”. Más, aparte de lo espacial, queda el concepto del “cuidado de sí”, el aprecio incluso por la carne propia, el juramento por el respeto propio. Lo único que quedaría en duda es la reciprocidad aunque esta pudiera aproximarse al placer que se recibe cuando al ser se prodiga bienestar. La autocomplacencia. Por lo demás, es claro que este aspecto difiere notablemente de lo propuesto por Jean-Luc Marion.

## 5.2 El amor propio según otros autores

Para contrastar a Marion ha de escrutarse a san Agustín. Citemos al hiponense:

No es posible en quien ama a Dios que no se ame a sí mismo; y más diré: que solo se sabe amar a sí mismo quien pone toda la diligencia en gozar el sumo y verdadero bien; y como ya hemos probado que es Dios, es indudable ser mucho lo que se ama a sí mismo quien es amante de Dios. (*De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos* I, 26, 48).

Empleemos otra cita suya para confirmar la contrastación que venimos realizando: “Quien sabe amarse así mismo, ama a Dios. Pero quien no ama a Dios, aunque se ame a sí mismo tal como la naturaleza le obliga, es mejor decir que se odia, pues se conduce como un adversario de sí mismo” (*Tratado sobre la Santísima Trinidad* XIV, 14,18).

Si amar es reconocer, ¿cómo no reconocerme como individuo creatura de Dios? Si no me reconociera no me amara, en este caso amar-se es reconocer-se. Si bien aquí san Agustín no escenifica simultáneamente el amor al prójimo y a sí mismo, lo hace simultáneo con Dios. Pero quizá lo más destacable es que la figura de amor propio es viable en este autor cristiano. Agrega “No será bueno el amor de ti mismo, si es mayor que el que tienes a Dios” (*De las costumbres de la Iglesia Católica y de las costumbres de los maniqueos* I, 26, 49) Esto como para privilegiar el amor al creador y limitar el amor a sí.

Michel Onfray habla tímidamente del amor propio en la siguiente cita:

En primer lugar hablo de la amistad con uno mismo, pues así se establece una condición previa, indispensable para cualquier teoría materialista y hedonista del amor: no enfadarse consigo mismo, no mantener relaciones mortíferas con la propia intimidad, no celebrar subterráneamente las pulsiones negativas del odio o del desprecio dirigidas contra la carne, no

consentir las violencias que se vuelven contra uno mismo, no desfigurarse, no lacerarse el alma (Onfray 201).

En Onfray, la amistad con uno mismo es “la condición previa” para luego formular cualquier acción en el amor. Primero amar-se y luego amar. Hasta aquí Onfray no establece contrariedad en lo que para Marion es la imposibilidad de amarse a sabiendas de la no existencia del aquí y allá, la espacialidad. Onfray solo expone que no amarse es igual a tener “contrariedad interior” y para él, mal provecho hace al ser, entrar en contrariedad interior y esto bien pudiera asimilarse en términos actuales al amor a sí. Además, contraponiéndose a Marion, Onfray advierte que: “Solo esta hospitalidad consigo mismo permite la hospitalidad con el otro” (202). De donde se infiere que el primer paso para reconocer al otro ha de ser la valoración propia. Onfray ve posible lo que Marion desestima como viable, el amor y cuidado de sí.

El cuidado de sí en Marion sugiere que debo cuidar de mí porque nadie más lo hará. Ese cuidado por uno mismo pasa a ser entonces un “deber moral”. Cuidado sí, pero amor propio no. Procurar la salud de cuerpo y mente no reemplaza el amor que me satisface el otro (amante, amable). Un yo no puede multiplicarse como lo exige el amarse desde otro lugar. Así entonces son condiciones contradictorias. Contrario a esto piensa Uribe Carvajal: “Mi relación conmigo mismo me reclama el cuidado, la solicitud de sentimientos, de pensamientos, de palabras y de acciones en que vivo inmerso aún contra mi querer” (2010 34). También agrega: “De mí depende la dignificación, la humanización y aun la divinización del ser, lo que cada cosa es” (*Cultura y espiritualidad* 35).

Los postulados de este autor dan validez al concepto de amor propio como fundamento del hombre que se relaciona: “Mi relación conmigo mismo es esencial. Espera de mí el toque del amor, que la convierte en comunión. Los místicos recalcan la importancia del propio conocimiento de la comunión consigo mismo” (*Ibíd.*). La comunión como acto con el exterior aquí se formula posible y reflexiva a cada uno. Este acto de amor propio no es temporal sino permanente y de manera

consciente por lo que insiste Uribe Carvajal: “La autorrelación de amor corresponde a todos los momentos del día y se llama mística de la vida cotidiana” (*Id.* 36). La supremacía del amor propio es tal en Uribe Carvajal, que la sitúa de forma permanente y no temporal ni por estadios del hombre. Dos palabras claves saltan a la vista: autorrelación y amor, que no son consideradas por los otros autores reseñados en este trabajo. Al menos el amor como verbo reflexivo. Así mismo el que ama y se ama.

El acto de amar, según *El fenómeno erótico*, consiste en una exterioridad no provisoria sino afectiva y que permanece, además de una distancia que me permite hablar del otro que está en otro lugar. Entonces, no se hace posible hablar del amor propio. El amor a sí mismo es evidente entendido como el cuidado de sí. El amor también supone la seguridad que el otro me confiere y entonces vale preguntarse si puedo yo mismo prodigarme esa seguridad. La respuesta es no, basándonos en la enunciación de *El fenómeno erótico* de Marion, porque la infinitud que el ser siente cuando está enamorado, deviene de la seguridad que le aporta el otro y no habiendo otro, no habría ni seguridad ni infinitud. ¿Quién quisiera un amor finito? Nadie.

Nos preguntamos entonces, ¿la seguridad prodigada a mí mismo (lo que para Marion es imposible) es posible que se dé? La respuesta es que sí, que hoy sí puede darse: el conocimiento propio, la reparación de lo imperfecto, la actuación moral, la ética y el reconocimiento del prójimo, el ser y el cosmos conllevan a un reconocimiento propio. Lo de afuera y mi relación con ello me sitúa y dignifica. No está lejos de prodigarme complacencia y seguridad por lo que soy. Ni más ni menos es amor a mí. Marion reitera que todo amor que comienza por amor a sí mismo (imposible en este autor) termina por un odio a sí mismo. Por otro lado, desde la reciprocidad, no puedo entonces amarme y esperar respuesta. No puedo sino amar lo que ya me amó (reciprocidad) luego ¿Cómo esbozar esas dos vías? No es posible salvo la primera vía (cuidar de mí) que como ya se expuso, no es amor sino un “deber moral”. Pero a la luz de los celos y la infidelidad debe anotarse que es imposible amarse siempre que en el amor exista como posibilidad



estas dos circunstancias. No puedo ser infiel conmigo ni ser celoso de mí, dado que soy el mismo, uno solo. El cuidar de mí es un deber moral en Marion, pero que no es preliminar ni la única vía para poder amar al otro.

Claro está, dice Marion, que “como amable en tanto que amante, no me amo entonces a mí mismo, sino que recibo mi seguridad de otro lugar” (“El fenómeno”244). No se puede estar cada uno para sí y yo por mí mismo sino por la intersección de un tercero que me dice que me ama y que ama que yo lo ame, entonces “soy amable gracias al otro” y al menos me arriesgo a no odiarme. Es decir una vez amado, termino amándome incluso a mí o, mejor dicho, en una actitud más benévola conmigo al punto que ya no me odio tanto. “Me amo incluso yo por la palabra del otro que se dice mi amante. Creo más en todo lo que me dice que en todo lo que yo me haya dicho alguna vez” (*Id.* 245). Explica Marion que, más que amarme espontáneamente, me amo una vez me reconozco amado (amable) cuando un tercero lo hace. Insiste Marion en no considerar el amor propio como acto primero.

No nace el ser dotado de la conciencia que lo lleva a amarse y cuidarse. Conocer y pensar el amor implica en primer lugar la vivencia del ser amado. Encontrar que el verbo amar es reflexivo (amarse), significa experimentar el amor propio, desde otro que soy yo mismo y puede surgir la pregunta: ¿puedo amarme?

Entonces desde siempre el único y gran amor que conozco viene de afuera, desde los que me cuidaron. La impronta de amor propio solo se presenta al parecer en el momento en que la razón está manifestándose y se pregunta por el sentimiento como algo que pueda infringir-se. Pensar el amor arroja como consecuencia elaborar esta sentencia de que el amor tiene aristas como el amor a Dios, al prójimo, al entorno y a mí mismo.

## 6. CONCLUSIONES

En el planteamiento de Jean-Luc Marion, el concepto del amor ha venido desapareciendo en culpa atribuida incluso a la filosofía por no contemplar su unidad, racionalidad y primacía. Es por esto que el amor solo se hace y no se piensa o celebra, pues su abordaje se redujo solo a la praxis en actitud reduccionista del ser que lo condenó únicamente a lo sensorial. La carne se volvió el elemento primero, mientras que para Marion es el acto seguido y de verificación del otro que me atrae, así sea desde la seguridad que en primera y solo primera instancia infunde en mí.

Marion da una preponderancia sin fin a la carne (lo sensorial). No obstante no la determina como génesis del amor, pues primero identifica la coexistencia de dos seres que se inspiran identidad y seguridad que luego en la carne se escenifican como unidad. Carne y erotismo van de la mano en Marion y no duda de la contundencia de lo físico que no muere en el goce aunque abstracto. No obstante el erotismo en Marion no está confundido con el desmán o la perversión.

Hoy día, la palabra amor se alojó en el terreno de lo ridículo, lo que no debe ser dicho ni comentado, lo que debe ser confesable solo en privado, de modo que quien ama lo hace solo como instinto descartando que el amor sea pensado.

El erotismo ha sido reducido a la pornografía y la seducción por un fenómeno social debido a la falta de un concepto que según Marion tiene como responsable a la filosofía que ni lo menciona. La tradición cultural y los principios familiares olvidaron hablar del amor por aludir solo a la ética y conceptos sobre el cuidado de sí y del prójimo sin profundidad ni razón. Así, el erotismo solo se relaciona con desenfreno y lujuria.

Para asir más el concepto del amor, se hace necesario situarse en las realidades de amante y amable, es decir ¿Cómo amo? Y ¿Cómo me aman? De paso se hace necesario agregar las cuestiones de si ¿Puedo amar yo primero? ¿Sin reciprocidad? O ¿El acto de ser amante es un estímulo ante el que reacciono? Estas preguntas constituyen el pensar el amor y no simplemente hacerlo.

Muchos elementos y aspectos del amor escapan a la racionalidad del mundo y exigen una racionalidad mayor que el individuo del común no puede emprender. Marion lo denomina bellamente en una racionalidad que viene del amor mismo y este a su vez de una racionalidad erótica. Es evidente el amor mal aprendido.

Hecho el tránsito de desglosar los porqués del amor y sus actuantes es probable pensarlo y con seguridad formularlo desde la racionalidad erótica. No es que sea de por sí fácil confundir las expresiones amar, querer o apegarse. Entre ellas es distinguible la acción dado que, por ejemplo, el juramento eterno distingue al amigo del amante y el apego se aleja de estos dos primeros, en tanto se asocia solo a la seguridad o utilidad que otro me prodiga. La confusión la hace el individuo carente de razón erótica y escasa en ubicuidad como amante o amable que lo situé y reconozca como los dos (amante – amable).

Se hacen también distinguibles las figuras de amante y amable vistas en clave de la carne en el entendido que la amistad prescinde de la excitación carnal hacia el otro que no el amante que se eterniza, jura y consciente la llegada del tercero.

Debe contemplarse que en la relación erótica se evidencia un amante que avanza sin esperar reciprocidad (aunque Marion lo exige), pero que sí recae en la exclusividad. Esto no ocurre en la amistad pues de ser exclusivo con el amigo solo se pudiera tener uno solo. La reciprocidad en Marion está dada por la seguridad que el otro me inspira.

El ser no se reconoce como erótico, erotizante y erotizable desde la relación erótica (amor). Más confunde el erotismo con la carne y su goce relegando la palabra únicamente a lo sensorial.

Bajo el concepto de Jean-Luc Marion es imposible amarse a sí mismo, dado que sin la distancia de ese otro lugar, nunca podré ser amado. No puedo entonces amarme a mí mismo –salvo que pretendiéramos imaginarnos en nosotros y fuera de nosotros simultáneamente-. “A falta de poder precederme a mí mismo, ni recorrer la distancia, no puedo pensar ni realizar la fórmula, me amo a mí mismo” (“El fenómeno” 60). Entiéndase que en Jean-Luc Marion la reducción erótica sugiere preguntarse si me aman desde otro lugar, y esa espacialidad es imposible en la misma persona. Un yo no puede multiplicarse para asegurarse desde otro lugar que se ama. Hablaríamos entonces de dos yoes, lo cual es absurdo e imposible según él.

De forma general, y sobre el autor, puede aseverarse que hace una disección del ejercicio de amar, siendo más racional que sapiencial aunque bien este método se hace necesario para aprehender el concepto que luego sería puesto en práctica. El inventario y preguntas sobre el amor es metodológicamente la vía que el autor escoge para conocer este sentimiento. No obstante se presentan diferencias para con este investigador dado que no profundiza en el amor a Dios, descarta el amor así por suponer que el amor viene de otro lugar (otro distinto a mí) y establece la imposibilidad de amar sin reciprocidad.

Al menos en este tratado *El fenómeno erótico*, el autor queda en deuda frente al amor divino. Este es un concepto al que se recurre cuando se habla a menudo del amor y sus formas, así que detallarlo por Jean - Luc Marion pudiera ser algo esperado en tal escrito. Dios es principio y fin de todo acto. Pocas referencias evidencian a Dios en el texto, la percepción del ser frente a su creador, Dios como ejemplo y semejanza del amor, Dios como amante y amado al mismo tiempo, Dios como creador de tiempo y espacio, Dios como compasivo y Dios

como él y ella que convocan a un tercero que fue Adán (el tercero que llega). El juramento eterno de Dios es en sí su amor incondicional.

Es patético y verificable como la mayoría de las personas hablan del amor solo desde sus fallidas, exitosas o medianamente buenas experiencias amorosas. Este hecho es cultural y endosado de generación en generación solo por el testimonio de los que conviven, se besan y cuentan sus vidas, más no desde su eternización, su juramento y unidireccionalidad en la relación erótica que si mediante sus carnes y temporales convivencias.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Aquino, santo Tomás de. *Suma de Teología I. Introducción general y Parte I.* (José Martorell Capó, Trad). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 2001.

---. *Suma de Teología II. Parte I-II.* (Ángel Martínez Casado, Donato González, Victorino Rodríguez Rodríguez, Luis López de las Heras y Jesús María Rodríguez Arias, Trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1993.

---. *Suma de Teología III. Parte II-II.* (Ovidio Calle Campo y Lorenzo Jiménez Patón, Trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1990.

---. *Suma de Teología IV. Parte II-II (b).* (Manuel Morán Flecha, Jesús Hernando Franco, Ángel Martínez Casado y Luciano Gómez Becerro, Trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1994.

Arboleda Mora, Carlos Ángel. *Profundidad y cultura.* Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2000.

Arendt, Hannah. *El concepto de amor en San Agustín.* Madrid: Encuentro, 2001.

Aristóteles. *Ética nicomáquea. Ética eudemia.* (Julio Pallí Bonet, Trad.). Madrid: Gredos, 1995.

Bataille, Georges. *El erotismo.* Barcelona: Tusquets, 2005.

Benedicto XVI. Encíclica *Deus caritas est.* Bogotá: Paulinas, 2009

Bornkamm, Gunther. *Pablo de Tarso.* 5a.ed. Salamanca: Sígueme, 1997.

Cruz, Manuel. *Amo, luego existo. Los filósofos y el amor*. Madrid: Espasa, 2010.

Cruz Cruz, Juan. *El éxtasis de la intimidad. Ontología del amor humano en Tomás de Aquino*. Madrid: Rialp, 1999.

Gómez Dávila, Nicolás. *Notas*. Bogotá: Villegas Editores, 2003.

---. *Escolios a un texto implícito. Tomo I*. Bogotá: Villegas Editores, 2005.

---. *Escolios a un texto implícito. Tomo II*. Bogotá: Villegas Editores, 2005.

Hipona, San Agustín de. *Obras de San Agustín Tomo XII*. (Félix García, Lope Cilleruelo y Ramiro Flórez, Trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1954.

---. *Obras de San Agustín. Tomo IV*. (Fr. Victorino Capanaga, Fr. Teófilo Prieto, Fr. Andrés Centeno, Fr. Santos Santamarta y Fr. Herminio Rodríguez, Trad.). Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956.

---. *Obras de San Agustín en edición bilingüe. Tomo V. Tratado sobre la Santísima Trinidad*. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1956.

Johnston, William. *Teología mística la ciencia del amor*. Barcelona: Herder, 1997.

Llano, Alejandro. *Deseo y amor*. Madrid: Encuentro, 2013.

Marion, Jean-Luc. *El fenómeno erótico*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata, 2005.

---. *Acerca de la donación*. Buenos Aires: Jorge Baudino Ediciones, 2007.

---. *Siendo dado: ensayo para una fenomenología de la donación*. Madrid: Síntesis, 2008.

---. *Ver desde el punto de vista de Dios*, traducido por Carlos Enrique Restrepo, Instituto de Filosofía Universidad de Antioquia, publicado originalmente en *Faith and Leadership*, DukeUniversity, EE.UU, 2010.

---. *Au lieu de Soi*. France: Presses Universitaires de France, 2010.

Nervo, Amado. *Antología poética*. Córdoba: Ediciones del Sur, 2003.

Nygren, Anders. *Eros et Agapè. La notion chretienne de l'amour et ses transformations*. París: Montaigne, Aubier, 1952.

Onfray, Michel. *Teoría del cuerpo enamorado*. Madrid: Kadmos, 2008.

Pieper, Josef. *Entusiasmo y delirio divino*. (Consuelo García, Trad.). Madrid: Rialp, 1965.

---. *Las virtudes fundamentales*. (Carlos Melches, Manuel Garrido, Rufino Gimeno Peña, Alfonso Candau y Raimundo Pániker, Trad.). Madrid: Rialp, 1993.

---. *Introducción a Tomás de Aquino. Doce lecciones*. (Ramón Cercós, Trad.) Madrid: Rialp, 2005.

Pikaza, Xabier. *Palabra de amor*. Salamanca: Sígueme, 1983.

Platón. *El banquete*. (Luis Gil Fernández., Trad.) Medellín: Universidad de Antioquia, 2011.

Proust, Marcel. *La prisionera*. (Consuelo Bergés, Trad.). Madrid: Alianza, 1983.

Uribe Carvajal, Ángel Hernando. *Cultura y espiritualidad*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2009.

---. "Todo me voy consumiendo". *El Colombiano* 24 de febrero de 2009: 4a.



Uribe Carvajal, H. y Byron Osorio. *Cultura y religión*. Medellín: Universidad Pontificia Bolivariana, 2010.

## CIBERGRAFÍA

Astrorquiza Fierro, Patricia. *Ser y amor. Fundamentación metafísica del amor e santo Tomás de Aquino*. Tesis doctoral. Universitat de Barcelona, 2002. Web. 15 ene. 2014. <http://www.tdx.cat/bitstream/handle/10803/1750/Tol121A.pdf?sequence=1>

De Nazareth, Beatriz. "Siete modos de vivir el amor". Web. 2 jun. 2013. [http://www.abandono.com/Oracion\\_contemplativa/Varios/Sietemodos.htm](http://www.abandono.com/Oracion_contemplativa/Varios/Sietemodos.htm)

Pikasa, Xavier. "Amor místico, cuerpo para amar. Buen amante y buen samaritano, El blog de X Pikasa". Web. 13 nov. 2013. <http://blogs.periodistadigital.com/xpikaza.php/2007/06/25/una-mistica-del-cuerpo-amor-enamorado-am>

Revista.unam.mx. "El amor como concepto filosófico y práctica de vida". Web. 6 ago. 2013. <http://www.revista.unam.mx/vol.9/num11/art92/int92.htm>

Schopenhauer, Arturo. "El amor, las mujeres y la muerte". Web. 15 ene. 2014. <http://books.google.com.co/books?id=e3vvAgAAQBAJ&pg=PA45&lpg=PA45&dq>

Scielo.org. "El otro en Levinas: una salida a la encrucijada sujeto-objeto y su pertinencia en las Ciencias Sociales". Web. 25 jun. 2013. <http://www.scielo.org.co/pdf/rlcs/v4n2/v4n2a03.pdf>

Schopenhauer, A. El amor, las mujeres y la muerte. La cuadratura del círculo. Web. 03 de ene. 2014 <http://books.google.com.co/books?id=e3vvAgAAQBAJ&pg=PP5&lpg=PP5&dq=Sc>

hopenhauer,+A.++El+amor,+las+mujeres+y+la+muerte.+La+cuadratura+del+c%C  
3%ADrculo&source=bl&ots=1BueJRAHqs&sig=2DC\_mYpLh\_fnv-  
tiEcewWSAtyG0&hl=es&sa=X&ei=R\_taU6jUHOSgsASY8oHQAQ&ved=0CCkQ6A  
EwAA#v=onepage&q=Schopenhauer%2C%20A.%20%20El%20amor%2C%20las  
%20mujeres%20y%20la%20muerte.%20La%20cuadratura%20del%20c%C3%ADr  
culo&f=false